

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE * ALFA

LA VUELTA DEL RANA



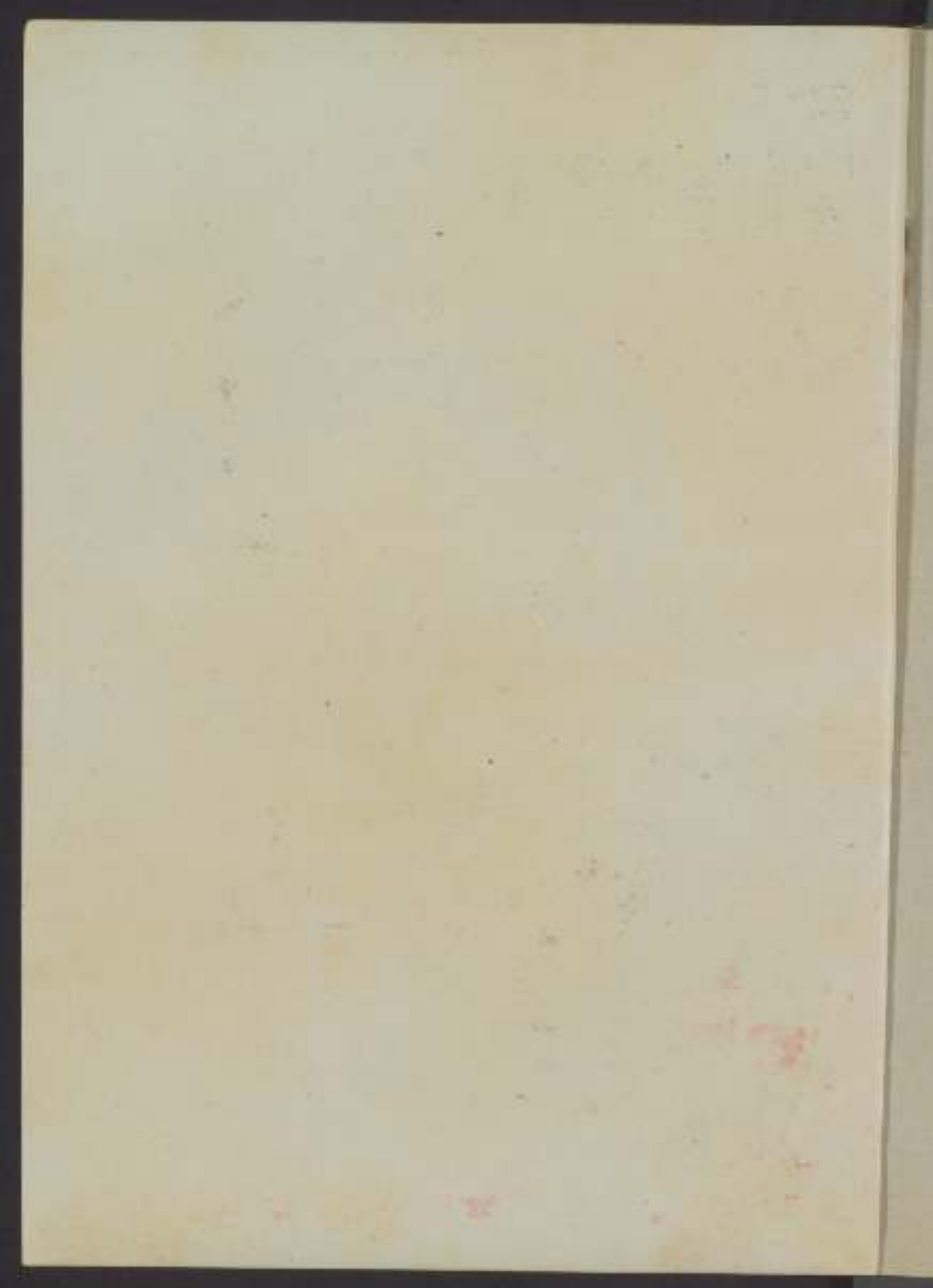
GORDON HARKER
RENE RAY
UNA O'CONNOR



Basada en la
NOVELA DE

Edgar Wallace

Editorial **ARAS**





LA VUELTA
DEL RANA

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

IMPRESA COMERCIAL - MAS Y SALA
Valencia, 234 - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMON SALA VERDAGUER

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:
APARTADO DE CORREOS 707 - BARCELONA

AGENCIA DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbarré, 16, Barcelona - TERNER, 4, Madrid

EDITORIAL

"ALFA"



AÑO XVIII

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE ★ ALFA

NUM. 328

NUM. 29

LA VUELTA DEL RANA

*Película basada en la novela del
famoso autor Edgar Wallace.*

ES ésta una de las maravillosas, espectaculares e impresionantes historias de intriga de Edgar Wallace. Este prodigioso autor, único en el género detectivesco, que hizo sus primeras armas literarias en el periodismo, nos relata estas aventuras de la banda del Rana con el vibrante estilo que corresponde a un repórter. Esta es la razón por la cual sus obras han constituido magníficos temas cinematográficos, pero como ninguna, esta cinta nos revela la fantasía y la fuerza creadora de este gran escritor.

Se enfrentan en esta historia dos personajes: Elk, Inspector de Scotland Yard, y Golly, jefe de la banda. La lucha entre ambos adquiere proporciones extraordinarias. La utilización de modernos métodos científicos da todavía mayor intensidad al estilo de su autor Edgar Wallace, y la magnífica intriga, en la que no falta una trama amorosa, nos ofrece el más apasionado relato que jamás haya tenido película alguna.

EXCLUSIVAS



Casa central:
Rambla Catalunya, 118
Sucursal en Madrid:
-:- Calle Mayor, 4

PRINCIPALES INTERPRETES

Gordon Harker
Una O'Connor
Hartley Power
Rene Ray
Cyril Smith
Charles Lefaux

Dirección:

Maurice Elvey

Realización de

Gumersindo González

LA VUELTA DEL RANA

RESUMEN ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

EL INSPECTOR ELK

EL inspector Elk, un sabueso de Scotland Yard, se hizo famoso al exterminar en poco tiempo a la más famosa banda de ladrones y contrabandistas hasta entonces conocida, capitaneada por un individuo llamado «el Rana», del que todos los demás tomaron su nombre. «El Rana» murió y la hija de éste, su hermana y su cuñado, una mujer histérica y un hombre medio idiota, se fueron a vivir a un tabernucho en las orillas del Támesis, al que llamaban «El club de los oficiales de Marina», frecuentado por tipos sospechosos y contrabandistas consumados. Esta es la clientela de Mun Oakes, que así se llama la dueña, y de ella ha de vivir, por lo que a veces ha de rapar sus fechorías es-

condiéndolos de Scotland Yard, que a menudo les busca por aquellos lugares.

Lili es una hermosa joven desenvuelta y algo frívola, que está dispuesta a sacar el mejor partido posible de su juventud y de la vida, y cuyo odio hacia la policía la hace a veces meterse en verdaderos embrollos; de los que sale difícilmente; pero la muchacha no puede olvidar que por ellos perdió a su padre y se encuentra a merced de aquella tía medio loca y de su anormal marido.

Sin embargo, el inspector Elk no debió extinguir la banda del Rana, pues de un tiempo a esta parte se han cometido robos y asesinatos en los que ha aparecido su marca.

En efecto, así es. En una habitación de algún lugar de Londres, la

populosa ciudad del Támesis, varios tipos de sospechosa traza se hallan reunidos: parecen esperar algo o a alguien. Unos juegan a las cartas, otros conversan animadamente. A un lado del salón un altavoz de forma de rana parece observarles, sus ojos se encienden y apagan, de pronto, alternativamente. Todos los allí reunidos, como tratándose de una señal convenida, se acercan alrededor del altavoz.

—Esperamos sus órdenes, jefe—dice el que parece el capataz de todos ellos.

Del interior de la rana sale una voz:

—Buonas noches, ranas. Felicito a los números 47 y 52, por su trabajo en el almacén de la calle Tooley. Número 97, tú te encargarás del capitán confidente a su debido tiempo. El grupo elegido para el Banco del Sudoeste procederá a hacer su trabajo esta noche. ¿Alguna pregunta?

—¿Y qué hacemos del gerente y su esposa?

—La señora del gerente estará fuera, va a visitar a su mamá. El gerente ha anunciado su intención de cenar con uno de los directores, pero el tal director parece ser una joven que vive con Mun Oakes en el «Club de los oficiales de Marina».

Y así es efectivamente: Lili está

cenando en un lujoso restaurante con un elegante señor que bien pudiera ser su padre, por la edad.

—Otra copa, creo que no nos hará daño—dice el tal gerente a Lili.

—No estoy muy segura de uno de los dos—responde ella.

—¡Oh!, pero usted no se mareará tan fácilmente, y en cuanto a mí, estoy muy sereno. ¿Digame, pequeña, ha estado alguna vez en Brighton?

—No, yo siempre he preferido Montecarlo—contesta Lili—. Bueno, creo que va siendo hora de que se marche a Upper Nowood o donde quiera que viva—añade.

—¿Por qué he de hacerlo?

—Ya se lo dirá su mujer.

A la mesa de al lado llegan en este momento una pareja que a juzgar por las quejas de los que les esperan parecen haberse retrasado.

—¡Hola! ¿Dónde han estado metidos? Les esperamos desde hace una hora.

—Estamos aquí de milagro, por poco nos hacen pedacitos—explica la joven que acababa de llegar.

—Nos detuvo una horrible explosión en la sucursal del Banco Sudoeste en Upper Nowood.

—¡Mi Banco!—exclama el acompañante de Lili, aterrado.

LA VUELTA DEL «RANA»

—Bien, pero usted ¿qué culpa tiene?

—La policía averiguará dónde estaba al ocurrir la explosión y lo mismo los directores.

—Y su esposa también—responde Lili, irónica.

—¡Camarero, mi cuenta por favor!

Otra vez los secuaces del Rana se hallan reunidos en el salón donde tienen su guarida y pendientes de las palabras de su invisible jefe, a quien nadie, excepto el capataz, conoce, pues él jamás se deja ver.

—Esperamos sus instrucciones, jefe.

—Nuevamente les felicito—dice la voz—. El asalto al Banco se llevó a cabo de mano maestra. No obstante, estamos en los preliminares. Pronto les comunicaré un gran golpe que he planeado: Cuando se realice, podremos retirarnos para siempre. Mañana por la noche los números 12, 16, 18 y 40 se concentrarán en Hyde Park para recibir órdenes, eso es todo.

—¡Ah, número 23!

—Tú—dice el capataz, señalando a uno de ellos.

—Ve al teléfono privado para recibir órdenes confidenciales...

El aludido obedece y se mete

dentro de una cabina, descolgando el auricular seguidamente.

—Número 23, sería perjudicial para tu seguridad el que informaras a la Policía del asalto al Banco—amenaza «el Rana» desde el otro extremo del hilo.

—Pero... pero yo no soy capaz, jefe...

—Entonces, ¿por qué tienes ahora tanta amistad con ella?

—Es mentira... le han engañado—contesta el bandido temblando de miedo.

—No grites. Te daré un nuevo trabajo. Sólo para que pruebes lo que dices.

—De acuerdo, jefe. Yo lo haré—promete el bandido.

—Bien, vete al número 23, tu mismo número, 23 Markham Alley, y da la señal de la Rana en la puerta con la aldaba.

El bandido acude al lugar que le ha ordenado su jefe y hace la señal como aquél le aconsejara, en la puerta. De la otra de enfrente y por la cerradura unos ojos esperan su llegada, suenan unos disparos. El recién llegado se desploma en el suelo para no levantarse más. Es el pago que el Rana da a los que intentan traicionarle.

* * *

En un barco mercante anclado en uno de los muelles, el inspector Flower conversa con el capitán Bone, que le está haciendo algunas confidencias importantes. Este es el capitán al que «el Rana» se refería al hablar a sus secuaces.

—Los antiguos «ranas» tenían algunas guaridas a lo largo del río, los modernos han querido hacerlo mejor estableciendo en él su cuartel general—dice el capitán al inspector.

—¿Por qué está usted tan seguro que se trata de los «ranas»?—pregunta Flower.

—Porque tengo buena prueba de ello.

—¿De veras?

—Sí, inspector Flower, y aun puedo demostrarle algo mejor que la Policía de vigilancia del río no podía soñar siquiera, aunque estuviera un mes durmiendo.

—¿Que?

—Es...

Empieza el capitán, pero su voz se quiebra, ante el estrépito de una bomba que estalla a sus pies entre él y el inspector. Alguien ha arrojado una bomba por la ventanilla del camarote que estaba abierta, huyendo luego precipitadamente.

Un sargento comunica más tarde con el inspector jefe de la Policía del río y le cuenta lo sucedido. Este,

al enterarse de lo ocurrido y sabiendo ya que les han asesinado, ordena al sargento que se dirija hacia el barco y lleve con él a todos los hombres de que disponga. A continuación y en vista de como se están poniendo las cosas, se encamina hacia la Jefatura de Scotland Yard para pedirles ayuda.

—Claro que lo ayudaremos. ¿Cuántos hombres necesita?—promete el jefe de Scotland Yard cuando el otro jefe le cuenta lo ocurrido.

—Aproximadamente unos cincuenta mil agentes.

—¡Oh! ¿Cree usted que serán bastantes?—pregunta con ironía.

—Puesto que se trata de los «ranas», no me atrevo a asegurarlo.

—Bueno, en serio, ¿cuántos necesita?

—Uno.

—¿Cómo se llama?

—Elk.

—¿Elk?—pregunta extrañado el jefe.

—Sí, el inspector Elk, el viejo Elk. Ya vió cómo el solo, la última vez, metió en cintura a los «ranas». ¡Démosle una ocasión!

—Le había ocupado del asesinato de Billingsgate. No importa. Lo sacaré de allí con paraguas y todo—dice el jefe, aludiendo a esta costumbre del viejo inspector—. Pes-

car ranas será para él una distracción—añade.

Tomando el teléfono, llama al departamento del inspector resueltamente, deseando ponerse en comunicación con él cuanto antes, pero en la ausencia de éste coge el auricular su ayudante, el ingenuo y travieso Maggs.

—No, el inspector Elk ha dejado la falsificación por ahora. Estudia el caso del pescador asesinado.

—No, se ocupa del caso del pescador asesinado — repite el ayudante.

—¿Dice usted que asesinaron al inspector Elk? —pregunta con angustiosa extrañeza la voz del otro lado.

—No, el inspector ha salido a arrearlo.

—¿Pero dice que le han asesinado?

—No, al pescador no, a Elk...

a —contesta Maggs, ya hecho un lío con sus propias palabras.

—Espero hablar con el inspector Elk — afirma la voz autoritariamente.

—Búsquelo usted, compadre— contesta el ayudante, cansado ya de aquel juego.

—Es el jefe quien le habla.

Al oír esto, Maggs se pone rápidamente en pie como si le tuviera delante y contesta tartamudeando:

—Per... perdón, señor. Lo lamento. Creí que me estaban dando una broma.

—¿Dónde está el inspector Elk?

—Insiste el jefe impaciente.

—Está en Hendon, señor, en la escuela de Hendon de policías, dando una conferencia en el bar... en la clase quiero decir, señor — dice Maggs, nervioso.

—Póngame con Hendon— ordena aquel.

LA VISITA DE SANDFORD

EL inspector Elk, como bien ha dicho Maggs, se encuentra en la escuela de Policías de Hendon, está enseñando a un grupo de jóvenes y futuros inspectores sus métodos y sus principios para cumplir sus cometidos. Elk es un hombre de cierta edad, algo extravagante, pues aun dando clase o explicando se halla en el aula con gabardina y sombrero. Parece tener un gran dominio en todos sus actos de cuanto dice y hace, y su cara inteligente tiene una expresión simpática. Su paraguas, del que nunca se separa, está a su lado. Sin embargo, sus triunfos como criminalista y sus victorias sobre algunas bandas de atracadores le han valido la estimación y el aprecio de todos los que com-

ponen el extenso cuerpo de Policía, no sólo de Londres, sino fuera de ella.

—Bueno, resumiendo... — dice Elk —, tienen como ejemplo mi mejor trabajo. Aludo, claro está, a la banda de los «Ranas». Conseguí poderles extinguir, exterminar o lo que es más, erradicar. En...

Uno de los jóvenes que asisten a la clase le interrumpe.

—Perdóneme, señor, ¿pero está usted seguro de que los «Ranas» han sido exterminados o lo que es más, erradicados?

—Aunque se atreva a dudarlo, incrédulo y joven cadete, lo estoy.

En este momento un ordenanza-policía se acerca al inspector y le entrega una nota. Elk la lee mien-

tras escucha o finge escuchar la opinión del cadete.

La nota es del jefe de Scotland Yard, que le comunica la reaparición de la banda «del Rana» y lo convida a que vaya a verle inmediatamente.

—Perdóneme, señor... suponiendo que mi tesis hubiese sido correcta y que ranas—insiste el joven—, esto es puramente hipotético, como digo, suponiendo que los «ranas» no estuvieran ni extinguidos ni destruidos... ¿qué haría usted en tal caso, señor?

—Cumpliría con mi deber, joven, y después usaría mi método: información, colección, verificación y deducción—dice señalando a la pizarra—; pero puedo estar seguro que han sido extinguidos, eliminados, liquidados... y más claro aun abolidos. ¡Buenos días, caballeros!—dice al tiempo de marcharse— Damos la clase por terminada.

Elk llega a la Jefatura momentos más tarde, donde el jefe y superintendente y jefe de la Policía del Río Baynes le esperan.

—Ah, Elk, creo que usted conoce al superintendente-jefe Baynes de la Policía del Río.

—Hasta la fecha no he tenido el placer de trabajar con las fuerzas anfibias todavía.

—Pues lo va a tener ahora. Baynes, éste es Elk.

Y tras los saludos y las presentaciones de rigor, el jefe continúa:

—Bien, creo que va usted a tener que librar otra Waterloo con el antiguo enemigo, Elk.

—Muy oportuno, aunque gracias a Dios no he perdido un ojo como Wellington—contesta éste.

—Yo siempre creí que fué Nelson el que perdió un ojo.

—Hay diversidad de criterios. Pues aun teniendo cuatro ojos no podría usted ver a uno de aquellas banda.

—¿Y por qué no?

—Porque no corresponde a su modo de actuar. Se habrían preocupado de seguir mi rastro antes—responde Elk.

—Estos tipos me dicen que proceden de los Estados Unidos—objetó el jefe.

—Aunque vinieran del mismo Timbuctoo, intentarían perseguirme. ¿Qué hicieron la última vez? Meterme en la Jefatura a uno de los «ranas» como mi ordenanza. No, cuando pase algo así, entonces podrá creer que se trata de esos malditos «ranas» — contesta Elk con obstinación.

—Puede que le interese saber que apareció la marca de los «Ra-

nasa en las paredes del Banco—observó el jefe de Scotland Yard.

—¿Es cierto eso, señor? — pregunta Elk interesado, y añade pensativo—: ¡Hum! Entonces cambia la cosa.

Entra Maggs en este momento, el ayudante de Elk deja sobre la mesa del jefe un pliego de papel al tiempo que le dice:

—El informe de los crímenes a orillas del río durante el mes pasado. —Y dirigiéndose a Elk, añade—: Hay una persona que desea verle y espera hace una hora.

—¿Quién es? — pregunta el inspector Elk, intrigado.

—Sandford, es su nombre. Viene de Chicago, país de América, cerca de ese Hollywood—contesta Maggs.

—Cuando necesite lociones de Geografía las tomare en Hendon y no de usted. Dígale que espero en mi oficina.

Maggs sale del despacho a cumplir la orden que le ha dado su jefe y al entrar en el de Elk, ve sorprendido que el visitante observa todo con curiosidad.

—Siéntese, por favor...—le dice bruscamente, y fingiendo mirar unos papeles, le observa con recelo por el rabillo del ojo.

—¿Oiga, el inspector Elk se pasa la vida durmiendo? — pregunta el

recién llegado con ironía, cansado de esperar.

—Ninguno de nosotros duerme en esta profesión. No podemos ni descansar. Se lo puedo asegurar—contesta Maggs.

—No hay nada que usted pueda enseñarme respecto a la Policía. Bueno, será preferible que vuelva otra vez, cuando el inspector Elk no esté tan ocupado.

—No, no se vaya. Iré a buscarle. No, no tiene importancia.

—Sí, sí que la tiene. Espere usted aquí—contesta Maggs, y se dirige hacia la puerta.

De pronto varios disparos penetran en el despacho, no se sabe de dónde, pero, naturalmente Maggs, que sospecha que llegan por la ventana, medio muerto de miedo, se tira debajo de la mesa. Atraídos por los disparos, Elk y algunos policías entran en la habitación.

—¿Eh, qué diablos ocurre aquí? Olvide sus costumbres del salvaje Oeste—dice el inspector, dirigiéndose al visitante—. Este es un país respetable—increpa aún a Sandford al verle con la pistola en la mano, que éste sacó al oír los disparos.

—Sí, tan respetable que reciben a tiros a todos los extranjeros que llegan—dice Sandford, irónico.

—Investigue fuera — ordena el

jefe, que también ha entrado, a un policía.

—Yo estaba aquí de pie y él estaba conmigo: el disparo fue hecho desde la calle—explica Maggs.

Uno de los policías examina la pistola de Sandford y dice, dirigiéndose a Elk:

—No ha sido disparada recientemente.

—Oiga, ¿tiene usted licencia para usarla?

Y como Sandford por toda respuesta se le muestra inmediatamente y aquel ve que está en regla, le pregunta con desconfianza:

—¿Para qué deseaba verme?

La extrañeza de Sandford es notable, y estupefacto pregunta al inspector:

—¿Pero, no le ha comunicado nada de mí el jefe de Policía de Chicago?

—Nada en absoluto—responde Elk.

—Eso ha sido lo malo. Pues yo he venido aquí a estudiar los métodos de la Policía extranjera. El jefe de la Policía de Chicago les escribió a ustedes, avisándoles mi llegada, certificando quién era... un hombre honrado... y que yo...—explica Sandford, pero se interrumpe al ver que nadie hace caso de sus explicaciones, distraídos todos en mirar por la ventana. Y enfadado

se grita más que les dice:—Oigan, pueden ustedes oír lo que digo o prefieren que hable más alto.

—¿Qué? ¡Ah!, una carta sí, eso lo sabrán en el número 8—dice el jefe a Elk, señalando el teléfono.

El inspector pregunta al Servicio de información, y ante la afirmación de haberla recibido se dispone a cumplimentar al recién llegado.

—Empezaremos por rogarle que visite el edificio, Maggs—dice a su ayudante—. Enseña al señor Sandford el edificio y muéstrale todo lo que le interese.

—¡Oh!, a propósito, hay cientos de inspectores en Scotland Yard. ¿Por qué me eligió a mí?—pregunta Elk con desconfianza antes de que el supuesto norteamericano salga del departamento.

—Porque mi jefe llegó a asegurarme de que el Inspector Elk era uno de los mejores de Scotland Yard.

—¿De veras?—pregunta aquel, halagado.

—Sí, y que no debía dejarme llevar por las apariencias—agrega él en el momento de salir del despacho.

—Ese caballero parece que viene bien informado. Ha dicho: «forma parte de nuestro programa de reorganización conseguir aprovechar

la experiencia de Scotland Yard». ¡Hum!—objeta el jefe de Policía.

—De todos modos quisiera asegurarme—dice escépticamente Elk.

—¿Cree que puede ser una falsificación?

—Verá; cuando una persona viene desde Chicago a verme y las batas silban a su alrededor, no sé qué creer—aclara Elk.

El jefe llama a la telefonista y ruega que le pongan con Chicago para cerciorarse si efectivamente el joven Sandford viene de aquel tumultuoso país. A los pocos momentos obtiene la comunicación.

—Sí, oiga, ¿Chicago? Desearía hablar con el jefe de Policía. ¿Qué dice? Sí, ya, de acuerdo, gracias.

Cuelga el aparato, y dirigiéndose a los allí presentes, les dice con pesadumbre:

—Ha muerto asesinado hace dos horas.

—Esto es lo que se llama una desagradable coincidencia—observa Elk, pensativo.

—Hemos de mantener a Sandford a distancia si queremos verificar esto—dice el jefe, señalando el asunto «del Rana».

—¿Y por qué proceder así? El parece interesado por nuestras cosas. Hemos de complimentarle — dice Elk con marcada segunda intención.

—Le comprendo — responde el jefe sonriendo.

Mientras tanto, Maggs acompaña a Sandford a visitar el edificio, tal como le ha sido indicado, y todo su interés es mostrarle objetos para lograr así sus huellas dactilares, pero aquél comprende sus intenciones y no se deja coger fácilmente, anulando todos los esfuerzos de Maggs por conseguirlo. Por fin, viendo que no logra sus propósitos, y cansado de dar vueltas, penetran en el despacho nuevamente.

—Bueno, jefe, realmente tiene usted un magnífico edificio. Sí, señor; sargentos, inspectores, teléfonos y hasta policías. ¿Podría tener la oportunidad de ver cómo trabajan sus hombres en la calle?—pregunta Sandford.

—Pues, claro que sí, señor. Desde luego. Elk le acompañará. Estamos concentrados en el viejo padre Támesis, actualmente. Anda mezclado en malas compañías. Bueno. ¿quiere usted excusarme?—dice al tiempo de retirarse.

—Estoy desando de conocer todo esto, me servirá de experiencia—dice el americano a Elk mientras salen de la Jefatura—. Bueno, ¿adónde me lleva ahora?—pregunta.

—¿Qué le parece Hyde Park?

—¿Por qué Hyde Park?

—Ah, no sé. Sentimentalísimo. Suele ir con frecuencia. Me recuerda aquellos días cuando yo era un guapo policía de uniforme, vigilando el ir y venir de los trabajadores durante el día y a las parejas por la noche—responde Elk.

Al penetrar al Parque, ambos ven a Lili, la muchacha sobrina de Mun Oakes, y con la que vive en la taberna junto al Támesis. Viene buscando al marido de su tía, y tras vacilar un momento, se dirige hacia un hombre bajo con gafas regularmente vestido, y le dice mientras le agarra del brazo familiarmente, sin reparar en Sandford y Elk, que cerca de ella, la están observando y escuchan lo que dice a su tío.

—¡Hola, Golly. Mun te necesita!

—Pero, para esto es mi noche de salida. No tengo muchas diversiones y ella sabe que adoro la música.

—protesta él, con cara de estúpido.

—Escucha—aconseja la muchacha—. Está de muy mal humor, vale más que vengas.

El inspector saluda a Lili, y la muchacha le responde con desenfado y tratando de burlarse.

—Hola, Elk, simpático. Si quieres saber la horita pregúntale a un policía.

—Yo conozco un estribillo mejor

—responde Elk con sorna—. Si quieres divertirme pregúntale a un banquero.

Sandford, a quien Lili ha causado una excelente impresión, le da un golpecito en el brazo para que se la presente.

El inspector dice de pronto:

—¡Ah, sí!, te presento al señor Dale Sandford, de Chicago.

Después de los saludos de rigor, Lili, en tono simpático, le pregunta amablemente:

—¿Qué le parece Inglaterra?

—Admirable, hermanita. Si me llegan a decir que aquí encontraría preciosidades como usted, hace tiempo que hubiera venido.

Un hombre joven y fuerte a quien todos, excepto Sandford, reconocen como a Lane, un tipo que no parece andar metido en negocios muy limpios, se acerca al grupo.

—¡Hola, Lili, tan bella como siempre—. Y dirigiéndose a Golly, le dice con aspereza—: ¿Qué estás haciendo aquí.

—Volvía a casa conmigo—explica Lili.

—Bueno, para irse a casa derecho no necesita compañía. ¡Vamos, vete!

—No le trates así y deja las manos quietas—contesta Lili, molesta.

que siempre todos abusan de la bondad de Colly.

—Nunca me han gustado los dueños—interviene Sandford—. ¿No podríamos formar un trió?

—Me parece que quiere quedarse conmigo.

A la muchacha le molesta el tono obsequioso y algo exigente del americano, y dando el brazo a Lane dice:

—¡Vámonos!

Elk, que hasta entonces no ha intervenido en la conversación, y que tan sólo se ha limitado a observar, dice a Sandford, al fijarse en el modo con que aquél mira a la muchacha.

—Esas miradas pueden originar un arresto en el Parque.

—Diga, creo que me gusta esa chica.

—Esa es de las que mi abuela llamaba de «cuidados»—contesta Elk, y se pone a escuchar a un charlatán que hay allí cerca.

—Porque así debe ser..., si un camello pasa cuatro días sin agua—dice el charlatán—, yo he pasado sin ella toda mi vida—le interrumpe uno de los que escuchan.

—No podría yo pasar sin ella setenta horas..., repito, una zanahoria al día mantiene al doctor alejado, pero aceptarían ustedes mi consejo

y comerían frutos crudos de la tierra..., no. ¿Por qué?

—Porque es mejor la carne, compañero—dice una voz.

—Voy a escuchar atentamente a este tío de las zanahorias—dice Sandford, e invita a Elk para que se acerque más.

—No, porque están anticuados—prosigue el vegetariano, sin hacer caso de las interrupciones de que es objeto—. Tan anticuados como el Gran Elk.

—Usted se refiere al Gran Halcón—objeta una voz.

—Acepto la corrección de mi ilustrado amigo, es el Gran Halcón.

Elk, al oír su nombre, siente un repentino temor y trata de perderse entre la gente allí congregada para que nadie le reconozca. En este momento y a su misma espalda, se oyen unos disparos, y el hombre de la gabardina que estaba a su lado se desploma muerto al suelo. La policía rodea el cadáver.

—Creí que era usted—dice Sandford, acercándose.

—Sí, eso mismo creyó la persona que lo mató, ¡pobre tipo! Vámonos, salgamos de aquí, el Parque está peligroso esta noche—exclama Elk.

—Sí, tan peligroso como su oficina de Scotland Yard, sólo que allí no hay chicas bonitas—responde

LA VUELTA DEL « RANA »

Sandford, a quien la imagen de Lili no se le va de la cabeza.

—¿Sigue pensando en Lili, eh?

—Sí, me gustaría volver a encontrarla, esa chica es algo muy serio.

—Yo haré que se vean. Iremos a

ver a su tía mañana por la mañana—
promete el inspector.

—¿Nosotros? — pregunta extrañado Sandford.

—Sí, nosotros iremos juntitos a dar un paseo por el río.

ELK ENCUENTRA UNA PISTA

EN el viejo tabernáculo que Mun Oakes, la tía de Lili, a quien todos llaman mamá Oakes, tiene a orillas del Tamesis y conocido con el nombre de «Club de los oficiales de marina», en una de sus habitaciones mamá Oakes conversa con Duchth, un capitán de marina extranjero, complicado en negocios no muy limpios.

Mun enseña a éste un montón de joyas de dudosa procedencia que acaba de sacar de una armario que hay en la habitación, y dentro del cual hay una caja fuerte. El capitán las observa un momento, y luego exclama:

—Poca cosa..., nada.

—Y tan poca cosa. La gente bien ya no compra joyas auténticas: solamente bisutería.

—Sí, casi no vale la pena hacer un viaje para esto. No lo haría por nadie, excepto por usted, porque somos antiguos amigos. ¿No es cierto, estimada señora Mun?—pregunta el capitán con irónica amabilidad.

—No debe olvidar que mi amistad le ha valido para mucho—dice ella—. ¿Cuándo se embarca?

—No puedo precisarlo. Mi salida depende de algo.

—¿De qué?—pregunta intrigada Mun al ver que no solamente tiene negocios con ella.

La conversación es interrumpida por la llegada de Colly, a quien ma-

má Oakes recibe agresivamente por haber dejado de partir leña en el sótano, que es a lo que al pobre marido le tiene destinado. En su excitación le tira colérica el primer tarro que encuentra a mano, mientras le vocifera:

—¿Cuántas veces he de decirte que no te acerques aquí cuando estoy ocupada?

El cacharro ha dado a Golly en pleno pecho, y Mun aun le persigue escaleras abajo para alejarle de allí. El capitán aprovecha esta circunstancia para abrir el armario y sacar unos documentos que allí hay. Después de leerlos precipitadamente, se sienta de nuevo. Mamá Oakes llega en este momento.

—Aunque scabe conmigo he de enseñar a ese microbio a no mezclarse en mis asuntos—. Y dándose cuenta de que Duchth ha andado en la caja fuerte, dice—: Entrometido, y por lo que veo no es el solo...

—Magnífico — la interrumpe Duchth—, ahora comprendo por qué la tía ha cuidado siempre tanto a la pobrecita Lili.

—¿Tiene usted algo que objetar?

—Nada, estimada señora, exteriorizo mi admiración—responde el capitán con sorna—. Yo no he dicho con frecuencia, Mun puede ser

como suele decirse dura, pero ha sido tan buena con la inocente Lili... y ahora me entero de que Lili recibirá cincuenta mil libras cuando cumpla veintiún años.

—Yo prometí a su padre que cuidaría de la chica—explica Mun.

—No puede extrañarme que usted lo prometiera. ¿Y el dinero también se lo dejó?

—No. Lo dejó depositado en la caja de un Banco. Lili recibirá la llave al cumplir los veintiún años. ¿Y ahora qué opina usted del particular?

—Eso se lo diré cuando haya tenido tiempo de meditar—contesta Duchth.

Alguien mete en este momento una carta por debajo de la puerta. Es para Duchth. Éste la abre y la lee con satisfacción.

—Bueno. ¿Lo ha pensado usted? ¿Cuánto quiere por su silencio?—inquiere Mun.

—¿Cuándo es el cumpleaños de Lili?—pregunta el capitán.

—El martes día 20.

—Para entonces tendré tanto dinero que las cincuenta mil libras de Lili me parecerán papel mojado. ¡Quédese con ellas, con todas!—dice Duchth, y añade—: ¿Qué sabe nuestro querido Golly de esa abundancia de libras?

—Colly no sabe nada y nunca debe saberlo. Si a usted se le escapa una palabra...—amenaza Mun.

Mientras tanto, como Elk prometiera a Sandford, ambos en compañía de Maggs y otros policías se dirigen río arriba a la taberna de Mun.

—Oiga, ¿qué tal es la tía de Lili?—pregunta el americano con curiosidad.

—¿Es usted casado?—le pregunta Elk.

—Por ahora soltero.

—Pues cuando vea a mamá Oakes se convencerá que sólo hubieron dos grandes reyes en la historia de Inglaterra: Enrique VIII y Barba Azul.

En este momento, la lancha pasa frente a la Torre de Londres, y Elk, ante las curiosas preguntas de Sandford, explica a éste que la torre sangrienta la llamaban a la parte donde estaban los presos.

—Ya hemos llegado; Maggs, espérate en la lancha hasta que salgamos—ordena Elk a su ayudante.

—Si no han salido dentro de media hora, supongo que será mejor avisar a la patrulla—observa Maggs, con recelo.

—No, aunque nos quedemos todo el fin de semana—afirma el inspector.

—Bueno, si ocurre así, entonces volveré el lunes con un buen ataúd. Me temo que lo necesitará—comenta Maggs.

—Le aseguro que no es cómoda esta residencia—dice Elk a Sandford, mientras se acercan a la taberna.

—Creo que llegará a gustarme—contesta el americano, pensando en Lili.

—No olvide lo que le dijo el comisario de Policía de Chicago: No se deje llevar por las apariencias—dice Elk al tiempo que llama a la puerta que está cerrada.

Al ver que no responde nadie a sus llamadas, dice:

—A ver si con esto consigo que nos abran. ¿Sabe que es esto? La señal «del Rana».

Al oír la señal en la puerta, ésta se abre y aparece Lili. Al ver de quien se trata, pone cara de desagrado, y dice con aspereza:

—No, no pueden entrar. No se suelen servir bebidas durante estas horas. Y no permitimos que entren con botellas.

Pero el inspector, sin hacer caso de las observaciones de Lili, empuja la puerta y entra resueltamente. Mun ha oído la voz de Elk desde la otra habitación, y dice temerosa a Duchi:

—Es Elk, ¿qué andará buscando?

—¿Cómo puedo saber yo lo que un policía inglés anda buscando?— replica éste.

—Esconda esto en su bolsillo—dice ella, dándole las joyas que están sobre la mesa.

Abre la puerta que da al sótano e indica a Ducth que salga por allí al tiempo que dice a su marido que cierre la trampa que hay abajo, pues afuera se encuentra Elk.

—¿Qué es lo que viene a oler por aquí, viejo?...—incrimina Mun al inspector que acaba de entrar donde ella está.

—¿Viejo qué?

—No se me ocurre nada denigrante.

—No se dé por vencida. ¿Qué le parece mejor asno, avispa, insecto... o gato encerrado?

—Zorrillo, o mejor sapo en la guarida—dice Sandford, que entra en aquel momento.

—No creo que sepa distinguir un sapo de una rana—asegura Elk con doble intención.

Golly abre la puerta y pregunta a Mun inoportunamente:

—¿Todo marcha bien, mamá?

—¿Quién te ha llamado aquí? Vete, anda—contesta Mun con malos modales.

—Supongo que su canción favorita será «Hogar, dulce hogar»—dice el americano a Mun irónicamente al ver cómo trata a su marido.

—No—dice Lili, que les ha ido detrás todo el tiempo—, en la de Tosti, «Adiós a usted».

—No me has oído qué te he dicho que te vayas—dice Mun furiosa a Golly, viendo que éste no se ha marchado. Y le tira unas tazas que encuentra a su alcance. Pero Golly los esquivo hábilmente, y los cacharros van a estrellarse contra la puerta.

—Algún día le va a acertar y entonces lo sentirá—dice Elk a Mun.

—No siento más que una cosa, y es verle a usted su cara fea—responde ella furiosa.

Pero Elk no la ha oído, o finge no oírla, y la dice calmadamente:

—He venido para verla abrir esto y a su sobrina... ¿Sabe que me recuerda a alguien?

—¿A quién?—pregunta intrigada Mun.

—A un personaje pequeño de ojos grandes. A un sapito, o mejor dicho, a un ranita. Se llamaba Parker.

—Nunca tuve un hermano que se llamara Parker. ¿Se enteró?—contesta Mun, delatándose con su

negativa, mientras abre el armario para que Elk vea su interior.

—Sí, soy muy curioso. Pretendo averiguar dónde está su dinero. ¿Está aquí, no es eso?—dice acercándose al armario y señalando la caja que hay dentro de él.

Mun le invita a que la vea por dentro, y éste, al hacerlo, no encuentra papeles ni joyas, pero sí un anillo que a Duchth, el capitán extranjero se le cayó mientras miraba los papeles de Lili.

—A lo mejor creyó que estaría lleno de joyas—pregunta Mun con burla.

—No, pensé que encontraría unos cuantos cigarrillos... ¿Los fuma usted mamá, o son quizás para el novio?—dice señalando unas colillas del suelo que Duchth ha dejado caer anteriormente, cuando estuvo allí.

—¡Oh, disculde, no se lo diré a Colly—asegura al ver el rostro demudado de Mun.

Duchth aparece nuevamente en la tienda, entrando por la puerta principal, y acercándose a Lili la habla amablemente. Ella le corresponde en el mismo tono, y Sandford exclama, tratando de desarmar a la muchacha con sus ironías:

—Bien, tratando de ponerme celoso, ésa es una buena señal.

—¿Fuma usted cigarrillos, Lili?—la pregunta el inspector.

—¡Oh, no, señor Elk, y puedo asegurarle que este señor tampoco, es todo lo que se dice un hombre y sólo masca tabaco—dice, señalando a Sandford.

—Y mejor prefería mascar su almuerzo. ¿Se decide usted a salir de aquí, señor Sandford?—pregunta Elk.

—Como las batas de un cañón—le responde éste.

Elk, viendo los gestos hostiles que Lili y el americano se hacen, dice jocosamente:

—¡Qué chicos, guerra en Japón, guerra en China, formen el armisticio que tengo hambre.

Y al salir, añade al loro que hay en la puerta:

—¿Tú has oído hablar de la psicosis? De eso suelen morir los loros.

El inspector y el americano salen del «Club de los oficiales de Marina»: en la orilla del río está la gasolinera, en la que los esperan Maggs y un policía. Sandford dice de pronto:

—Yo decido quedarme para hacer algunas investigaciones por mi cuenta, creo que he encontrado unas huellas.

Sandford tiene una gran ocasión de poder hablar con Lili, y no queriendo desaprovecharla, pretende hacer creer a Elk, que tiene una pista, pero el viejo policía no le cree. Sandford es en realidad uno de esos policías americanos dinámicos; tiene esa despreocupación tan natural en los yanquis. Ahora quiere tratar amistad con Lili, pues es una joven que le ha gustado, y toda su ilusión es salir con ella de paseo.

Elk, que es una persona muy comprensiva, casi le anima para conseguirlo, ya que él también saldrá beneficiado en este asunto, puesto que los enamorados suelen contarse sus intimidades, y nada más apropiado que se las cuente a un policía que sigue tras de la pista del Rana, y es muy posible que Lili sepa algo del Rana, o tal vez esté en relación con él, ya que han ocurrido muchas cosas estando ésta siempre enredada en ello de una forma indirecta, pero al fin estaba en ello.

Sin duda, parece ser que esto tiene principio de varias cosas: de investigación policiaca, de amor y de aventuras.

Elk tiene la idea de investigar todos los detalles que estén a su alcance, porque en todas las partes encuentra algo sospechoso y cree

ver en cuanto analiza un principio para obtener algunas pruebas.

El inspector sube en la gasolinera y mira a Sandford cómo vuelve a «El club de los oficiales de Marina». Elk se sonríe. También fue joven y sabe lo agradable que resultan estas pequeñas rifas.

Su ayudante mira en la misma dirección que el viejo policía, sin comprender por qué lo hace. El inspector se vuelve a Sandford, y le rectifica, diciéndole con sorna:

—Querrá decir unas sallas— corrige el inspector—. Bueno, vámonos.

En marcha ya gasolinera, el inspector saca del bolsillo el anillo que momentos antes encontró en el armario de Mun, y dice mientras la examina:

—Es una sortija muy curiosa, es un anillo rarísimo. ¿Qué te sugiere esto, Maggs? ¡Fíjate en el sello! Mira el grabado.

—Yo veo aquí unas puertas— observa el ayudante.

—Eso es, las Puertas de Troya, donde botó al agua la conocida Elena cien barcos con su imagen.

—¿Está usted seguro?

—Y el caso es que cuando le encontré en la caja de mamá Mun, todavía conservaba el calor del dedo de su dueño. Sargento—dice al policía—, ¿hay en el puerto algún

barco titulado «Elena», «Troya» o «Troyano» o algo por el estilo?

—Sí, inspector, está el «Sello de Troya» como a una milla de aquí— contesta el policía.

—¿Eso es o no es una coincidencia?—pregunta Elk.

—No puedo asegurarlo, inspector.

—¿Querría llevarnos allí?

EL «SELLO DE TROYA»

ELK y Maggs han sido llevados en la gasolinera hasta el «Sello de Troya». El inspector ve que el barco tiene una ventana de un camarote abierta, y disimuladamente escucha desde fuera. Dutch, el capitán del barco, y Lane están allí hablando confidencialmente. Elk reconoce a Dutch como al marino que vió en la taberna de Mun Oakes y que tan amigo parece de Lili. Lane le habla muy bajo para que nadie pueda oírle, parece decirle algo muy interesante, porque el capitán extranjero no pierde palabra. Lane, que es de la banda de «el Rana», le explica los proyectos de éste. Dutch es también miembro de aquella banda, al parecer.

—Lo hemos averiguado todo—di-

ce Lane—. El oro sale del Banco el martes por la noche, igual que de ordinario, en el camión de una Agencia. Siempre lo manden así.

—Excelente... ¿Está seguro que la policía no sospecha?

—Seguro—afirma Lane— ¡Ah!, le voy a prevenir una cosa, capitán. Se trata de Lili. Ya sabe que esa chica es mía.

Dutch, al oír el nombre de Lili y ver a Lane como su rival, se enfurece, y ambos empiezan a discutir. Elk, que ha decidido hablar con ellos, aparece en la puerta en aquel momento. Los dos bandidos se callan.

—¿Me permite la entrada en su camarote, capitán?—dice el inspector.

—¿Qué desea?—pregunta Duchth de malhumor.

—¡Oh!, celebrar una conferencia alrededor de una mesa en su cabina. ¡Muy confortable, capitán! Hasta podríamos llamarla lujosa. ¿Me permite que me sienta?

—¿Por qué no?

—¡Hum!, parece caoba... No es de roble como la que tiene mamá Oakes.

Dice Elk, refiriéndose a la mesa. Y al ver que Duchth se demuda al oír el nombre de Mun, el inspector continúa con sorna.

—No debe alarmarse. No intento registrar su barco. He venido solamente a entregarle esto. ¿Es de usted, verdad?—pregunta, mientras le enseña el anillo que encontró en el armario de Mun Oakes—. La policía es magnífica recuperando joyas perdidas, y siempre infalible—añade.

—¿Dónde lo encontró?—interroga el capitán con inquietud.

—Donde usted lo perdió—responde Elk evasivamente.

—La Policía es maravillosa. ¿De modo que vino sólo para devolverlo?—interviene Lana con ironía.

—Eso es; y además para decirle la buena ventura... Si cree que los beneficios que se reparten con mamá Oakes de sus negocios sucios, valen la pena correr el riesgo, allá

usted—dice el inspector con tranquilidad al capitán.

—¿Qué quiere decir?

—Pero si persigue caza mayor, entonces tome mi consejo y vaya despacio—continúa Elk.

—Buena. Debo regresar a la Jefatura.

—¿Y si no pudiera usted regresar a la Jefatura?—dice Lana, amenazador.

—Sería muy desagradable.

—El Támesis es un río muy extravagante.

—Sin embargo me hace morir de risa.

—Sí, a veces hace morir a la gente sin que la risa asome a sus labios—dice Lana.

Elk finge toser, y sacando una caja del bolsillo, dice con tranquilidad:

—¿Supongo que puedo tomar una pastilla? Son muy buenas para las ranas incluso.

Disimuladamente la tira por la ventana abierta del camarote. La pastilla, al chocar con el agua y disolverse dentro de ella, desprende gran cantidad de humos blancos, que hacen ponerse en movimiento y acercarse al barco a la lancha en la que Maggs y el sargento se encuentran y que esperaban esta señal para acudir allí, al el inspector se encontrase en peligro.

—¿Oiga, qué es eso?—pregunta Lane al ver los humos blancos que se elevan desde el agua.

—Esa es la invitación simbólica de la Policía del río cuando quiere dar una fiesta—explica el inspector con ironía—. Dentro de poco habrá una gran recepción. ¿Ven la lancha de la Policía? Es la primera que viene.

—No había necesidad de hacer esto—protesta Duth.

—¿Alguna vez oyó hablar del conocido monarca Ethelbut, el Intranquilo?—dice Elk por toda explicación—. Pues, no tenía comparación conmigo.

—Pero aquí todos somos amigos. ¿Por qué no se fía de nosotros?—interroga Lane conciliador.

—Sospechas infundadas, supongo. Soy muy desconfiado a veces. Nada personal, se lo aseguro.

Lane se da cuenta que está descubierto y pretende justificarse, pero lo único que consigue es embrollarlo todo. Ha perdido su poder al verse descubierto, y ahora teme que su equivocación pueda tener malas consecuencias, puesto que conoce a Elk y sabe que no perdona ninguna mala pasada: que se le haga o se le pretenda hacer.

Lane ha pretendido reírse de aquel policía; pero su risa se ha helado en los labios al ver la astucia

con que trabaja aquel viejo e inteligente inspector. Se da perfecta cuenta de que en lo sucesivo será sospechoso para la policía todo cuanto haga, y lo peor es que si «el Rana» se entera de que la policía duda de él es muy posible que le elimine con el fin de no complicar las cosas, y además, un hombre para «el Rana» no supone nada, y a veces es un estorbo. Ha ido demasiado de prisa y sabe que por su error se ha colocado en una difícil situación. Ahora le tiene preocupado lo que hará el inspector, puesto que está a merced de él.

Elk le mira irónico e indiferente, porque nota la cobardía de aquel hombre que ha pretendido eliminarle y ahora su único deseo es demostrar una amabilidad que no posee. La lancha de la policía se aproxima a gran velocidad, pues la señal que ha hecho el inspector es la de peligro inminente.

El capitán contempla la escena sin decir nada porque a él casi no le ha hecho nada por evitarlo, pero no constante, puede tener la disculpa para la policía de que estaba en su barco, y él es dueño de interrogar a quien esté en él, y la policía no puede entrar sin ningún justificante. Claro que esto no le librará de las sospechas de Elk, pero lo importante es eliminar el peligro de ir a la cár-

cel por intento de asesinato en el inspector Elk, de Scotland Yard.

La lancha ha atracado a un costado del buque donde está la señal del inspector. El ayudante, al ver la ventana de un camarote abierta, se aproxima, y encaramándose en ella aparece por la ventana del camarote, y se sorprende al ver a Elk allí.

—¿Quién vive aquí? ¿Todavía vive usted?

—¿Quién había dicho lo contrario? Buena gentecita. Cuando quieran otra regata telephonen a Scotland Yard, 1212, y no olviden la buenaventura del gitano.

—Bueno, adiós, inspector.

—¡Oh!, no, no. Los viejos amigos, no es así como se despiden. Hasta la vista—responde Elk burlonamente.

Y acompañado de su ayudante, sale de allí.

LA PERSONALIDAD DEL «RANA»

En la guarida de los partidarios de «el Rana», uno de sus secuaces vacila ante el teléfono. De pronto, la voz del jefe se deja oír del altavoz que allí hay, y desde el que comunica sus órdenes cada día a los de su banda.

Está asombrado porque sabe que cuando «el Rana» habla es para dar órdenes o para sentenciar a muerte a alguien. En donde está la radio que conecta con la emisora por la cual transmite «el Rana» hay un teléfono metido en una cabina de cristal. Con frecuencia suele llamar a los componentes de su banda. De todos los que han hablado por aquel teléfono no ha vuelto a recibir órdenes ninguno del Rana ni ha vuelto ninguno a la reunión.

Está indeciso, no sabe si telefonar o no; ante él tiene un dilema de difícil solución. Si telefona a la policía y dice todo lo que sabe referente al «el Rana», será recompensado y podrá vivir como un ciudadano pacífico; si por el contrario, se descubre su traición, «el Rana» no le perdonará, y ya sabe la sentencia.

Este es el dilema de todos los que después de colaborar con «el Rana» se han arrepentido, pero por desgracia, hasta ahora ninguno pudo ponerse en comunicación con la policía. Antes de llegar a informar a la policía, «el Rana» había dado las órdenes necesarias para que no pudiera estorbar a la organización, y para ejemplo de los que no siguieran adelante dentro de aquella banda. «El Rana» estaba al corriente de todo lo

que hacían sus secuaces, y cuando uno de ellos dudaba, firmaba su sentencia de muerte.

Iba a coger el teléfono cuando sonó el timbre de comunicaciones. Le cogió tan cierto temblor. ¿Quién sería? «El Rana» en persona le iba a informar. La sangre se le heló en las venas, aquello tomaba mal cariz. La vida de él estaba a merced de las palabras que dijera «el Rana». Por fin habló, y dijo con la suavidad macabra en las sentencias de «el Rana»:

—Número 39. Si yo fuera usted no telefonaría a la jefatura. Acuérdesse de lo que le pasó al número 23 —dice la voz.

—Yo, yo no iba a telefonear a nadie, ahora iba a salir —tartamudea con terror el bandido, estupefacto de que su invisible amo pueda ver lo que él intenta.

—Ya no estaría vivo si hubiese telefonado. Ahora vaya al «Lugger». Si el inspector Elk está allí, manténgase cerca de él o informe por teléfono.

—¿Eso es todo?

—Tendré algo más para usted cuando remita el informe —promete «el Rana».

...

Lili está en el «Lugger», un elegante restaurante, acompañada de Lane, que se muestra muy solícito y obsequioso. Dutch llega en ese momento y ruega al camarero que le lleve donde se encuentra Lili. El empleado obedece y el Capitán se acerca a la mesa, pero al ver allí a Lane, dice irritado:

—¿Qué es esto? Esta señorita está invitada conmigo.

—Ya le advertí que no se entrometiera. ¿Creyó que se lo decía en broma? —observa Lane.

—Desde luego, de no ser así, creeré que está loco —dice Dutch, alzando la voz.

—No grite, por favor, ¿dónde cree que está? —protesta Lili.

Sandford, que también está allí, se acerca a ellos en ese momento, y al ver a Lane y a Dutch que se discuten la compañía de Lili, dice en tono divertido y burlón:

—Bien, bien. Es maravilloso. Me he estado toda la noche sentado aquí esperando compañía y ahora la tengo. ¡Siento, muchachos!

—Bien, bien. Esto sí que es grande, pobre de mí. Sola con los tres hombres más guapos de Londres. Y los tres con la sonrisa en los labios —observa la muchacha en el mismo tono.

Sandford, para encaminar la conversación por otro lado y calmar los

ánimos, da la señal del «Rana» golpeando la mesa con los nudillos de sus dedos. Todos se callan repentinamente. Lane pregunta al americano:

—Oiga, ¿quién le enseñó ese truco?

Lane, al escuchar los sonidos que Sandford ha hecho al dar contra la mesa, queda sorprendido. Sandford quiere saber lo que aquel sonido produce en Lane y lo consigue, puesto que le ha sorprendido. Esta es una pista segura porque si Lane conoce la llamada es que está en contacto con «el Rana». Ducht, que está al lado de Lane, le mira distraído pero no se fía de aquellas llamadas porque sin duda las ha aprendido por conducto de la policía y querrá saber quién la conoce y si alguno responde como Lane, es una pista segura a seguir.

Lane está ajeno a estas meditaciones y cree ver en Sandford a «el Rana» en persona, y si no es «el Rana», por lo menos alguno de sus «Rana», por lo menos alguno de sus más allegados colaboradores. Se sienta al lado de Sandford y pretende darse a conocer, puesto que puede ser un emisario del «Rana» que viene a traerle alguna orden. Lane no sabe cómo trabar conocimiento con él y espera que le diga la señal por medio de la palabra,

pero al no hacerlo Sandford, empieza a desconfiar de aquel individuo que desconoce y que sabe hacer la señal del «Rana», pero es muy posible que se se lo haya enseñado, ya que le ha visto con el policía varias veces, pero si bien esto es una manera de desconfiar de él, también puede ocurrir que «el Rana» esté en contacto con el sabueso de la policía para saber qué es lo que pretende hacer. Nadie conoce al «Rana», todos saben lo mismo acerca del jefe de aquella organización: «El Rana» es la voz que ordena; pero ¿quién es «el Rana» en persona?...

Nadie ignora que tiene que ser un personaje importante, puesto que está al corriente de lo que ocurre y sabe todo cuanto hacen la gente que está bajo sus órdenes. «El Rana» es astuto, cruel, malvado y ambicioso; nada le importa con tal de conseguir aquello que se halla propuesto. Sus secuaces para él solamente son piezas que él mueve a su gusto; nadie sabe lo que él pretende o quiere hacer; nadie le ha de pedir explicaciones; nadie ha de alegar nada en contra de lo que él quiere hacer; es dueño y señor de aquellos miserables que le obedecen por la avaricia del dinero. «El Rana» es espléndido con sus hombres si le han obedecido, pero si alguno ha

tenido una ligera equivocación, eso no cuenta en el reparto ni en la vida. El Tâmesis se encarga de recogerle entre sus turbias aguas y llevarle de un lado a otro hasta que es descubierto aquel cadáver.

—Es que mi rúbrica tiene sonido.

—¡Oh! ¿Usted es «el Rana», verdad?

—Es posible.

—Yo también—dice Lane.

—Sólo que yo sé que no lo es usted.

—Demasiado listo. Si «el Rana» es usted, ¿cómo es que va con Elk?

—Dio usted en el clavo: Elk es «el Rana»—contesta el americano evasivamente.

El inspector y su ayudante llegan en aquel momento al «Lugger». Elk, al entrar en el vestibulo y ver a Duch dentro del salón, aconseja a Maggs que telefonee a la Policía del Río, y les diga que el capitán estará allí toda la noche, con lo cual ellos tendrán tiempo suficiente para registrar el barco. Al ver que su ayudante se dispone a cumplir sus órdenes y se dirige al teléfono del café, le dice:

—No, hombre, no, desde ahí no. Le costará treinta céntimos por cada llamada. ¿Quién cree usted que es, una estrella cinematográfica? Ha de ir al teléfono público de la Aveni-

da. Dígales que telefonaré a las once para saber el resultado.

La chica del guardarropa invita a Elk a que deje su gabardina y su sombrero para entrar en el salón, pero el inspector elude la invitación diciéndole:

—No, no, forman parte de mí mismo.

Uno de los hombres del «Rana» y a quien éste dió instrucciones por teléfono de lo que debe hacer, al ver a Elk que entra al salón, pregunta a la empleada dónde está el teléfono. A los pocos momentos «el Rana» le da las últimas instrucciones.

Entretanto Sandford y Lane se miran y se hablan con verdadera hostilidad. Lili parece disfrutar haciendo rabiar a Sandford.

—Adivino lo que está usted deseando: estar a solas conmigo, pero muy lejos de aquí—dice ella divertida.

—Sí, pero con una zapatilla en la mano para zurrarla—asegura él, irritado.

—Quisiera poder tropezarme con usted teniendo hlerro en mi mano—dice Lane con odio.

—Cuando usted diga—responde el americano.

—¿Le parece bien ahora? Vamos a la calle.

—Estoy a sus órdenes, caballero.



—Cumpliré con mi deber y emplearé mis métodos.

—¡Ah, es el suyo!



—Sanford es su nombre.



—Es posible que no venga.



—¡Vamos, sujétele!

Con los dos hombres
más guapos de Londres. Y
los dos con la sonrisa en
los labios .



—¿Para qué desea
verme?



—¿Le ha pasado algo a
mamá o a Colly?



— ¡Usted no puede hacer
eso!

— Pero yo les necesito
ahí adentro...



—¿Por qué han tardado tanto?



—¿Todavía vive usted?



— ¡Llévalos a la jefatura...

— ¡Fíjese en esa puerta!



Fueron sorprendidos por los agentes.



—Es usted una muchacha encantadora.

—contesta Sandford, levantándose.

El inspector llega a la mesa en aquel momento, al ver las caras de todos, se hace cargo en seguida de la situación, y comprendiendo que es ella la causa de aquello, la invita a salir al vestíbulo, pues asegura que tiene algo que comunicarle. La muchacha le sigue.

—Le ha ocurrido algo a mamá o a Golly? ¿Sobre todo a Golly? — le pregunta con ansiedad, pues siente gran afecto por el anormal marido de su tía.

—Nada.

—Bueno; entonces, ¿por qué me ha traído aquí?

—Porque no me podía fiar de usted. Dentro de un momento haría usted que echaran a la calle a esos sujetos.

—Ese es asunto mío.

—A mí no me interesa si ése es su negocio. Yo los necesito ahí dentro, ¿entiende?

Sandford, al ver que Lili ha desaparecido con Elk, ya no siente ganas de disputar y objeta irónicamente:

—Bien, la dama se largó, así que yo me voy también. ¡Buenas noches, muchachos!

El camarero se acerca a Sandford con la cuenta de lo que han tomado todos.

—¡Oh, no es mía! — se apresura éste a contestar.

—Ni mía — dice Lane.

—Ni mía — asegura Duché, que hasta entonces ha permanecido callado.

Lili y Elk vuelven a la mesa y el inspector, cuyo afán es retener al capitán mientras registra la policía tu barco, les invita a tomar algo para apaciguar los ánimos, que cada vez parecen más exaltados.

—En, eh, ¿qué pasa aquí? No se marchen ustedes, caballeros; es temprano todavía: les invito a tomar algo conmigo.

—Oh, en ese caso, tome usted asiento — invita Sandford.

—Acomódese, Lili. Bueno, ¿qué les parece un poco de cerveza? Todo va por cuenta mía.

Y animadamente entabla una conversación y entretiene a todos, que es lo que se propone, dejando pasar un rato tras del cual interroga a Duché:

—¿Qué hora tiene usted en su cronómetro, capitán?

—Las once menos diez, inspector — responde éste.

—Bueno, caballeros, he tenido un verdadero placer invitando a ustedes a este refrigerio. Después de todo para que le abonan a uno los gastos sino para divertirse.

Y tomando la cuenta de manos

del camarero, exclama, incrédulo, tras un breve vistazo:

—¿Esta es la cuenta?

—No está correcta, señor?

—¿Está seguro que cuesta esto tomar unas copas aquí?—pregunta sin sospechar que le han cargado a él el gasto anterior de los demás.

—Diremos lo que el célebre Mahoma dijo a la conocida montaña: «Esto es un poco fuerte».

—Oiga, Elk: ¿el sombrero lo va a dejar?

—A punto he estado de dejarlo para siempre—dice el inspector saliendo de allí al vestíbulo.

Un hombre llega con un paquete que entrega por conducto de la chica del guardarropa a otro que espera allí hace rato.

Al llegar Elk al salón se encuentra a Maggs en el vestíbulo. Al ver el ayudante la cara de disgusto que su jefe tiene por haber tenido que pagar la cuenta, le pregunta:

—¿No parece estar usted muy bien, inspector?

—Pobre es lo que estoy. Acaban de estafarme ignominiosamente. No me hable, hombre.

El individuo que momentos antes ha recogido el paquete, al ver que Elk y Maggs toman la direc-

ción de la cabina del teléfono que hay en la calle junto al «Lugger», aprovechando una distracción de estos, entra en ella y vuelve a salir precipitadamente.

El inspector dice mientras a Maggs:

—¡Deme treinta centimos! Me han liquidado ahí dentro. Vamos, vamos deprisa—añade impaciente.

Y abre la puerta de la cabina, pero se detiene en ella esperando que Maggs saque las monedas del bolsillo. Una vez con éstas en la mano se vuelve cara a la puerta, pero antes de que pueda entrar una fuerte explosión se deja sentir allí dentro, inundando aquello de humo y haciendo saltar el aparato telefónico, rompiendo la caja que contiene las monedas que es preciso echar para hablar, pues se trata de un teléfono público. El inspector entra y recoge todas las monedas rabiosamente. Al salir, tiznado de cara y manos y con el cabello en desorden, le pregunta Maggs con ingenuidad, sorprendido de su lamentable aspecto, a pesar de que ha oído la explosión.

—¿Qué ha sido eso?

—Un ratón—responde el inspector con sarcasmo ante tal pregunta.

LILI EN PELIGRO...

MAGGS está sentado en la mesa del inspector, en una postura poco adecuada. Tiene los pies sobre la mesa y reprende a un policía que acaba de entrar con unos papeles para Elk. Todo lo hace porque a veces quisiera que le respetasen lo mismo que al inspector, pero cuando aquél suele encontrarle en alguna actitud semejante, siempre le reprende con severidad.

Sin embargo, Elk le aprecia extraordinariamente porque, a pesar de las inconveniencias que a menudo suele cometer su ayudante, Maggs, es para el inspector un valioso auxiliar aun en los momentos, aunque el propio ayudante se espanta más tarde de sus propios actos, pero más difíciles, por el ins-

pector es capaz de hacer cualquier cosa.

Elk llega en ese momento a su despacho y al encontrar a Maggs en semejante actitud y hablando de aquel modo al policía como si fuera un superior, y con alusiones familiares a su persona, le dice bruscamente al verle sobre su mesa:

—¡Apártese de ahí!

—No... no le esperaba tan pronto — tartamudea el otro.

—Ya lo veo.

—Los periódicos se meten un poco con nosotros, hoy — dice Maggs, tratando de dar otro giro a la conversación.

—Sí, ya los he leído. He ido a hablar con el jefe y le he puesto en antecedentes de todo.

—¡No me diga!

—Sí, le he dicho además que la campaña actual de los iraneses presenta un nuevo aspecto. En esta ocasión, se han organizado para dar un buen golpe y disgregarse luego—explica Elk, al tiempo de sentarse.

—¡El bombim!...

—¡Ah, es el suyo!...

Y, efectivamente, el inspector se ha sentado sobre el sombrero de su ayudante y se le ha estropeado todo. Maggs lo mira con desconsuelo.

Entretanto, en la taberna de Mun Oakes hay varios tipos de los que suelen frecuentarla corrientemente. Ella les indica que como la policía suele ir por allí ahora a menudo, no sería conveniente que les encontrasen en aquel sitio. Lili sale a despedirlos amablemente a la puerta, y frente a ella y cara al río, sentado sobre una piedra, ve a Sandford con una caña en la mano. Un niño a su lado le observa con curiosidad.

—¡Eh!, ¿qué hace usted ahí sentado?

—Pescando.

—No está pescando. No sabe lo que es pescar—asegura el chico.

—Veo que los peces parecen estar de acuerdo contigo.

—Diga, ¿qué juego se trae entre manos?—pregunta Lili.

—¿Juego? Ya se lo dije, estoy tratando de pescar algo.

—Desde luego que pescará algo;

pero no será lo que usted quiere.

—Bueno; me parece que no uso el cebo que hace falta.

—Usted lo ha dicho, caballero. No lo usa—dice el chico tirando de la caña y sacando el anzuelo sin cebo. Después de lo cual echa a correr.

—¿Qué clase de cebo me aconseja usted?—trata de disimular el americano.

—Pues yo creo que para pescar a usted una lombriz estaría indicadísima—se burla ella.

—Bien, parece estar en perfectas condiciones para aconsejarme lombrices.

Mun y Duetin observan a Lili y Sandford desde dentro. Ellos comprenden que el juego de ambos puede acabar bruscamente y trocarse en otra cosa que puede desbaratar sus planes.

—No se podrán casar antes del martes—dice Mun.

—Sí, tómelo a broma. Cualquiera que los viera podría pensar que se casan mañana.

—¿De veras? No será hasta que yo tenga el dinero.

—¡Oh!, ya estás escuchando—añade gritando a Gally, a quien acaba de sorprender escuchando detrás de la puerta.

El inspector Elk llega en aquel

LA VUELTA DEL « RANA »

momento y saluda a mamá Oakes, interrumpiéndola:

—¡Hola, mamá!

—¿Otra vez por aquí?—responde ella.

—¿Qué se paga de entrada en este club?

—Con todo el dinero del mundo no podría usted ser miembro... de este club.

—¡Hola, Golly! ¿Has oído? Mamá quiere hacerme miembro honorario.

—Le... le aseguro que estoy muy contento, inspector, de saberlo—dice él estúpidamente.

—¿Usted miembro honorario? ¿A ti quién te ha dado vela en este entierro? ¡Fuera de aquí!—grita Mun, colérica, tirándole un cacharro que tiene a mano.

Mun ha acertado y la taza da a Golly en el pecho. El pobre hombre se retira apesadumbrado por la misma puerta por donde momentos antes, al ver llegar a Elk, se ha retirado Ducth.

Lili y Sandford entran en la tienda y ven la escena. El inspector pregunta a la muchacha con ironía:

—Oye, Lili, ¿tú tienes igual puntería con la loza?

—Le apuesto lo que quiera a que la tengo mejor.

—¿Oyó eso Sandford? No diga luego que no le advertí. ¿Por qué

no deja en paz a ese pobre diablo?

—dice el inspector, dirigiéndose a Mun—. ¿A usted le gustaría que se pasaran el día martirizándola?

—¡Gracias, señor Elk!—exclama Golly, apareciendo de nuevo—. Señor Elk, ¿puedo hablar un momento con usted?

El inspector baja con Golly al sótano, donde aquel le cuenta sus culpas.

—De acuerdo, Golly, diré a mamá que no te trate así—promete.

—Gracias, señor Elk—dice aquel pobre diablo.

—¿Te gusta el oficio de aguador, Golly? Es algo mejor que partir leña.

—¿Te molesta que inspeccione esto?—añade Elk.

—Inspeccione lo que quiera, pero no diga a mamá que yo le he autorizado.

—Mamá no se enterará.

Arriba, Lili y el americano han vuelto a discutir, y éste se va enfadado de allí.

—¡Hombre! Ya le diré yo a ese—dice la muchacha enfurecida, y pregunta, al ver que Elk no está allí—. ¿Dónde se ha metido Elk? ¿Está ahí abajo con Golly? ¿Confío en que no le habrá dicho nada de Golly?—amenaza a su tía.

Lili siente verdadero afecto por el marido de Mun y sentiría que le ocurriese algo. Por eso baja al so-

tano en busca del inspector y ve que éste está examinando aquellos rincones.

—Deje usted a Golly en paz, ¿me oye?

—¿Quién, yo?

—Sí, usted. ¡Eh! ¿Adónde va? —dice ella siguiéndole los pasos—. Oiga, ¿qué es lo que anda buscando aquí?—le pregunta.

—Nada. Pura curiosidad. Una costumbre heredada de mi madre—explica el inspector, penetrando, seguido de Lili, en una habitación.

—¡Cuidado!—añade al ver que se cierra la puerta—. Estoy por asegurar que somos un par de ratoncillos cogidos en la trampa.

—¡Golly... Golly... —grita la muchacha, golpeando la puerta.

—No, no grite. Es inútil.

—Pero si no grito no nos oirán.

—¿Quién sabe qué harán... Mire... Mire—dice el inspector, señalando a un pequeño enrejado que hay en un extremo del suelo de la habitación.

—¿Qué es eso?

Si estuviéramos en noviembre, diría que es niebla, pero como no lo estamos, digo que es una manifestación de «ranas» muy poética.

—¡Señor Elk, es gas! ¿Es que pretenden envenenarnos?

—A los dos, no. Ellos ignoran

que está usted aquí. Sólo es a mí a quien persiguen.

El inspector saca una careta antigua de debajo de su gabardina y se la da a la muchacha, que ya empieza a toser convulsivamente.

—¿Pero y usted?—pregunta Lili.

—A mí no puede matarme el perfume de los «ranas». Hace tiempo que lo huelo—dice sacando una nueva careta.

—¿Pero tiene otra?

—Claro que sí. Siempre llevo una para Maggs. ¡Escuche, alguien está en la puerta. Ya se han enterado de que usted está aquí. Quienquiera que abra esa puerta, fue el que abrió la llave del gas.

Y al abrirse la puerta, ante los inquisitivos ojos del inspector, aparecen Mun, Sandford, Duch y Golly, que los miran sorprendidos. Lili, a quien el gas ha mareado, tose y se siente sin fuerzas para sostenerse. El primero en ir hacia ella es Sandford, que la ayuda a sentarse. Los demás parecen idiotizados.

Si el inspector no se ha equivocado, uno de ellos tiene que ser el «Rana»; pero ¿quién? ¿Sandford? En verdad este joven no le seduce mucho al viejo policía; pero, sin embargo, le ha tomado mucho aprecio debido a que es un buen muchacho; pero Elk desconfía de él, ya que a su lado le han ocurrido cosas

extrañas. No tiene de él ningún informe que le garantice como el verdadero enviado de la policía americana. ¿Será Sandford la verdadera persona por la cual se hace pasar?... ¿Mun? No es posible que una mujer tenga tanto poder y pueda manejar con aquella facilidad y astucia a una banda compuesta por los seres más miserables de los suburbios de Londres; además, Mun no es lo suficiente inteligente para estar al corriente de todo cuanto ocurre y sobre todo no parece lo malvado que sin duda será «el Rana»... ¿Duché? Este capitán de marina casi es desconocido y sus antecedentes son pésimos, no parece que esté con frecuencia en Inglaterra, lo cual le hace pasar inadvertido cuando regresa a las islas después de un largo viaje; pero, por desgracia, la policía de Inglaterra tiene su ficha con sus antecedentes... ¿Lane?... En éste se puede admitir todas las probabilidades de serlo; es malvado, mezquino y violento, pero no da muestras de serlo, ya que demuestra un vivo interés por conocer la verdadera personalidad del «Rana». Claro que esto puede ser una manera de despistar a los que le crean a él «el Rana». Es uno de los secuaces del «Rana» que discute sus órdenes. ¿Quién será de ellos? O por el contrario, Elk se ha confun-

dido y «el Rana» es otra persona que está en aquel momento ajena a cuanto ocurre en casa de Mun.

El norteamericano no quiere marcharse de allí, en vista del estado de Lili. Elk se despide de todos y se dirige a la Jefatura, para dar cuenta al comisario de lo que acaba de sucederle. Va en la lancha de la policía del río, en la que, como siempre, le esperan Maggs y el sargento.

Durante el trayecto el ayudante va cantando alegremente un estribillo muy marinero.

—La vida en el Océano Pacífico; ta... ta... ¿Qué es eso que se bambolea detrás de nosotros?—dice, señalando un objeto que hay atado a la gasolinera con una cuerda.

—Los chicos lo ataron ahí como se lo hubieran atado a la cola de un perro—dice el sargento, riendo la travesura.

—Supóngase que no hubieran sido los chicos, supóngase que fueran...

—¿Sospecha usted que pudiera ser algún explosivo?

—¡Sargento, es una mina! Si nos toca volamos.

—¡Vamos a ver! Yo creo que lo mejor sería aminorar un poco la marcha y dejar que choque suavemente—insinúa Maggs, muerto de miedo.

—¡A toda máquina!—ordena el inspector.

—¿Qué hacemos ahora, señor?

—Ante todo apoderarnos de la mina. Es lo único que podemos... ¿Pero qué diablos está usted haciendo? —dice, dirigiéndose a Maggs, al ver que éste acaba de cortar la cuerda que une la mina a la lancha.

—¡Hemos salvado la vida, inspector!—contesta aquél, creyendo que ha cometido una heroicidad.

—Es usted un grandísimo idiota. ¿Ve lo que ha hecho? Ha dejado una lata de explosivos flotando a la deriva.

Y señalando a un barco de excursionistas que se acerca en aquella dirección:

—Mire, ahí llega «El Águila». Si sigue ese rumbo chocará con la mina, tropezará con ella, seguro... Vamos, tenemos que recuperarla.

La lancha vira en redondo, y por orden de Elk se acerca a la mina.

El inspector, haciendo una pirueta, logra cogerla entre sus manos y la sube a la embarcación.

—No comprendo qué pretendían los «ranas» con esto. Debieron pensar que al apercibirnos, la subiríamos a bordo. Pero no tuvieron en cuenta que la imprudencia de Maggs ha estado a punto de hacer saltar a un barco de excursionistas.

—¡Oh! No sabía...

—¿Qué tic-tac es ése? Esto es una bomba de reloj.

—Tirémosla por la borda en seguida—dice Maggs.

—No, no; haría volar el puente de Londres esta vez. Tenemos que hallar un lugar apartado. ¡Ande, dele al motor, pronto!—dice Elk.—¡Aproxímese más a la orilla!

Y una vez allí, y al grito de sálvese el que pueda, todos se lanzan al agua. La lancha salta a los pocos momentos hecha pedazos, y sus tres ocupantes, empujados completamente, nadan hacia tierra.

LAS INTENCIONES DE LANE

EN el camarote del capitán del «Sello de Troya» se hallan reunidos nuevamente Duchth y Lane. El segundo explica un plan que se ha propuesto con respecto a Lili, y trata de que Duchth le secunde en sus propósitos, sin acordarse que aquél quiere también a la muchacha y que sólo conserva su amistad o finge ser su amigo porque los dos están complicados en el asunto del «Rana» y Lane suele llevarle órdenes de aquél.

—Esto le interesa, Duchth, escuche: Ofrezcáse a Lili para acompañarla a su cita con Sandford y llévela a otra parte. ¿Qué le parece si tengo suerte?

—¿Eh?—exclama sorprendido el

capitán ante la desfachatez de Lane.

—Hay una posada en Little Tealing donde no hacen preguntas.

—Usted no hará eso—le dice agresivo Duchth, que comprende lo que Lane se propone.

—¿Y quién puede impedirlo?

—Yo mismo o «el Rana».

—¡Cállese! —grita desaforadamente Lane, y en tono desafiador le dice—: Si me molestan «el Rana» o usted, me verá obligado a decirle al viejo Ek lo que piensan ustedes hacer el jueves por la noche.

Lane ha perdido la calma, su carácter agresivo no le deja dominarse. Mira al capitán con desprecio, pues creía que éste, celoso, secun-

caria sus planes para vengarse de la indiferencia de que les hace objeto la muchacha. Porque Lili no les hace caso a ninguno de los dos, ya que ahora sale con frecuencia en compañía de Sandford. Lane, acto seguido, sale del camarote dando un portazo. Apenas ha salido, el capitán da vuelta al espejo que hay en un mueble del camarote y saca de dentro del mueble un teléfono.

—Oiga, sí, Duch al habla, Creo que Dandy Lane necesita que se le vigile. Está desmandado... sí, aburrido.

Acto seguido coloca todo como estaba y se sonríe de manera siniestra, pensando en lo que podrá ocurrirle al odiado Lane. Sabe que desobedecer al «Rana» o simplemente contradecirlo, es jugar con la muerte, y Lane está acabando el juego.

Lili está en su casa acabiándose de arreglar para acudir a la cita que tiene con Sandford, pero al ir a salir, se da cuenta que no lleva el bolso que haciendo juego con su hermoso vestido de noche tenía sobre la mesa hace unos momentos. Su extrañeza se hace patente, al no verle por ningún lado habiéndolo dejado allí apenas hace un momento. Mun, Golly y la muchacha se ponen a buscarlo por el suelo, quan-

do Lane aparece en el umbral de la puerta.

—¿Qué ha perdido usted, Lili? —pregunta al ver la actitud de todos.

—Su bolso—le contesta malhumorada Mun.

—La próxima vez será la cabeza —añade.

Golly enseña un bolso que ha sacado de dentro de la tienda, y se lo alarga a la muchacha, pero mamá Oakes le grita iracunda:

—Deja mis cosas quietas, microbio repugnante.

—¡Oh, perdona, querida! —le contesta su marido, cohibido.

Lane se acerca a una mesa, cogiendo uno que hay sobre ella, y que resulta ser el de Lili. Se le da a la joven, que se extraña de que él lo haya encontrado tan rápidamente, pues ellos lo han buscado por allí encima y no estaba. Sin embargo, la muchacha no hace ningún comentario.

—¡Busca un taxi!—ordena después a Golly Lili.

—Sí, voy en seguida—contesta éste, solícito, que siente un gran afecto por la muchacha, pues es la única que le trata con amabilidad de todos ellos.

—¡Un momento! —interrumpe Lane—. Si vas hacia el Oeste, te puedo acompañar yo.

—Lo siento, tengo otra cita—le contesta la muchacha.

—Eso no tiene importancia, te llevaré de todos modos.

—¡Vaya, es para asombrarse!—le responde, admirada por tanta amabilidad—. ¿Quién te ha cambiado, eres tú en serio?

—Un pequeño cambio en el carácter, así mis amigos no podrán reconocermé. ¿Estás lista?

Los dos salen del bar y toman el coche de Lane. A los pocos momentos la chica se da cuenta que él no va hacia la dirección que ella le ha indicado; le pregunta:

—¿Quieres decirme de una vez dónde pretendes llevarme? Estoy arrepentida.

—¿De qué?

—De tratarte como un caballero. Yo no merezco que emplees estas jugarretas conmigo —dice ella a Lane furiosa, viendo que éste pretende abrazarla.

—Oye, Lili...

—¡Déjate de bromas o me obligarás a emplear la violencia...—explica ella, molesta.

El no hace caso y pretende besarla, pero la muchacha le golpea en el rostro fuertemente al tiempo que quiere parar el coche.

—¡Cuidado!—le advierte él—o harás que pierda la carretera.

¶ Pero Lili ya no oye lo que éste

le dice y sigue forcejeando, tratando para salir de allí, pues Lane ha parado el coche. La muchacha está a punto ya de lograr apearse del vehículo, pero él la agarra más fuertemente.

Un camión pasa cerca de ellos, para a su lado y hace algunos segundos que observa la actitud de ellos. De pronto, uno de sus ocupantes se acerca al coche y en el mismo pecho de Lane le suelta varios disparos a quemarropa.

La joven, al verle muerto, grita horrorizada, mientras el asesino huye sin que ella haya podido verle el rostro.

—¡Lane, Lane!... —grita desesperada—. Sandford, ¡Socorro!

Un policía de carretera se aproxima a ella, preguntándole qué le pasa. Ella, por toda respuesta, le muestra el cadáver de Lane; mientras le grita más que le dice:

—¡Asesinado! Un hombre le asesinó.

—¿Sabe quién puede ser ese hombre?

—No.

—¿No tiene usted idea?

—Ninguna.

—Su palabra no puede bastarme. Eso de que haya sido un hombre...

—¿Sospecha que he sido yo?—dice ella más calmada.

El policía no le contesta y to-

mando el bolso que está en el asiento, lo examina por dentro. Encuentra en su interior una pistola y pregunta a la joven con desconfianza:

—¿Qué es esto?

Lili está indecisa, no sabe qué contestar. Se encuentra metida en un gran aprieto y no sabe cómo salir de él. Ella comprende que le echen la culpa hasta que se despeje todo aquello un poco más; pero el motivo de tener dentro de su bolso una pistola ya es una prueba en su contra.

Lili no acierta a comprender cómo es posible que dentro de su bolso se encuentre aquella arma. ¿Quién la pondría? Sin duda «el Ratón» tiene gran poder y puede hacer lo que quiera sin que nadie le entorpezca su labor. El policía la mira fijamente al verla tan nerviosa y sonríe con satisfacción porque cree que ha descubierto al asesino.

Lili está como idiotizada, sabe que toda la responsabilidad de la muerte de Lane irá a parar a ella; pues ahora resulta metida en aquel lío que ella no tiene nada que ver.

Una vez pasado el primer pronto, pretende interrogarse a sí misma para saber las causas por las que han asesinado a Lane, ya que no es posible que ninguna persona supiera la canallada que pretendía hacer con ella; después se queda sorprendida, puesto que se da cuenta de la procedencia de la pistola; está completamente segura que al desaparecer su bolso en su casa, alguien, al corriente de lo que iba a hacer Lane, aprovechó un descuido para meter en el bolso el arma. Lili estaba sorprendida por lo ocurrido y cree haber adivinado los motivos de todo cuando el agente la saca de sus reflexiones.

—En mi vida la he visto—asegura ella, temiendo que alguien haya previsto todo aquello para jugarle una coartada y que ella tenga que cargar con la responsabilidad de la muerte de Lane.

—Venga conmigo—la invita el policía, y ella no se resiste porque comprende que nada va a conseguir con ello.

LA MUERTE DE MUN OAKES

EL inspector Elk va a visitar a Mun Oakes a su taberna, y se sorprende de ver que lejos de encontrarla desesperada por la ausencia de su sobrina, ésta está de muy buen humor.

—Observo que no está usted tan preocupada como yo esperaba—observa Elk.

—¡Oh, Lili está bien!—asegura ella—. Sólo me preocupa lo que le ha pasado a Dandy Lane. ¿Dónde está ella?

—En Holloway, tal vez—responde Elk, evasivo.

—Lo mismo me da que esté allí como que esté en otro sitio. Lo que interesa es que esté en casa el jueves.

—¿Por qué el jueves.

—Porque es su cumpleaños—contesta ella algo insegura, temiendo que ha ido demasiado lejos con sus palabras.

—¡Ah! Bueno, en tal caso, le diré al Comisario jefe que usted pide que esté de vuelta el jueves para celebrar su cumpleaños y hasta puede que acepte... con condiciones.

—¿Qué condiciones?

—Que usted nos diga, si puede, cuánto sepa de los «Rinas» y qué golpe preparan.

Ella le mira sorprendida y después de reflexionar unos momentos contesta:

—Hablaré... con condiciones.

—¿Cuáles son?

—Que usted se ocupe de que me

encierren en un lugar seguro por unos días.

—¿Quiere usted decir a una prisión?

—Compréndame. Le estoy hablando en serio. ¿Lo hará usted?

—Cuando me diga esas confidencias.

—No puedo decir mucho, pero lo que quiera que sea, está fijado para mañana noche.

—Mamá, si no fuera por Golly y mis estrictos principios, le daría un beso—dice Elk alegremente; entusiasmado por lo que Mun acaba de decirle.

—Haga usted el favor. Usted se ocupará de que me encierren durante el fin de semana.

—¡Bendito sea Dios! Le conseguiré cinco años si es preciso—observa el inspector con humorismo.

Y cogiéndola por un brazo, le dice:

—¡Vamos..., empiece a alborotar..., que la oigan desde el salón! Fuerte, fuerte.

Ella obedece y empieza a dar grandes voces para que los que están en el bar, en la habitación de fuera, la oigan.

—Suéiteme... Yo no he hecho nada... le digo...

—¡Vamos!—insiste el inspector con brusquedad, pasando entre to-

dos los marineros que allí hay reunidos.

—Usted no puede hacer esto en un círculo particular. Este es el Club de Oficiales de Marina, todos nosotros somos oficiales de marina—se interpone uno de ellos.

—Sí, sí, marineros de cero noventa y cinco—contesta burlón Elk.

Y sin hacer caso de las protestas de los socios del Club ni de las aparentes de Mun Oakes, se la lleva a la jefatura.

—Golly, Golly, Elk arrestó a mamá—grita Duceh, entrando en el sótano, donde el marido de mamá Oakes parte leña invariablemente.

—¿Y qué quiere que hagamos nosotros, capitán?—dice él, impasible.

—Se puede ir de la lengua.

—¡Oh, no, no creo que se atreva a hacerlo! Si echa por tierra el negocio de los «Ranas», de qué va a vivir ella?

—De la acumulación de intereses de 50.000 libras que hay depositadas. Parker se las dejó a su hija Lili. Irán a manos de la muchacha cuando cumpla veintinueve años el próximo martes.

Insiste el capitán, que quiere a toda costa sacar a Mun de las manos de la policía porque teme que ella pueda decir algo de sus negocios poco limpios.

—¡Oh!

—Sin duda, mamá no se lo dijo nunca porque temía que si usted lo sabía también los «Ranas» podrían saberlo.

—Nunca me dijo una sola palabra—se lamentó Golly— a mí, que he sido su marido fiel desde que estamos casados.

El superintendente y Elk conversan sobre el paradero que han de dar a Lili. Elk sale en su favor, aunque no todo lo hace por ella, sino en su propio beneficio.

—Yo soltaría a la chica, Superintendente, si... ya sé lo de la pistola en el bolso.

—La bala ha sido extraída y el calibre coincide— responde aquél.

—Claro que sí. ¿Cree usted que iban a emplear los «Ranas» otro distinto? Hemos podido localizar al enemigo hace un momento—arguye Elk para convencer al comisario de que si Lili hubiese estado en la calle por conducto de ella, «el Rana» hubiera caído ya en sus manos.

El Comisario sonríe al ver que Elk tiene razón, y con una sonrisa significativa se despiden los dos.

Al salir se encuentra a Sandford, que le interroga alegremente. Pero su alegría se disipa como por encanto cuando el inspector le dice que vaya a la comisaría de Little

Tealing y traiga a la muchacha que se encuentra allí detenida.

El americano, no queriendo dar crédito apenas a lo que oye, le pregunta los motivos, pero el inspector elude hábilmente la respuesta y se va. Sandford y Lili regresan más tarde en el coche de aquél y la muchacha le dice con agradecimiento:

—Creí que mentaban mis ojos cuando le vi entrar en la estación de policía. Ya pensé que tendría que pasar la noche en Little Tealing.

—De todos modos, es lo que pensaba usted hacer si no llegan a matar a su amiguito. ¿no es así?— dice él con enfado.

—¿Qué trata usted de insinuar?

—Oiga, hermanita—responde él, irónicamente—. Yo no conozco muy bien la geografía de Inglaterra, pero sé que Little Tealing está a gran distancia del Hotel Savoy, donde usted prometió reunirse conmigo.

Sandford está enfadado con Lili porque cree que han ocurrido cosas más profundas entre ella y Lane. La joven pretende justificarse por no haber acudido a la cita, pero Sandford está muy enfadado con ella por lo que él cree su incorrecto modo de proceder y no la hace caso. Lili está nerviosa porque no sabe de qué manera explicarse para que

la quiera comprender y hacerse cargo de su situación.

Al joven policía yanqui no le convence ninguna razón porque no quiere dar su brazo a torcer. Lili no ha acudido a su cita y esto le ha herido directamente, puesto que la quiere y ella lo sabe. No quiere perdonarle, pero de su interior brota una voz distinta a la que se expresa, pero no, ella tiene que soportar todas las palabras injuriosas que le diga, ya que él estuvo durante mucho tiempo esperando en el lugar que se citaron y que después de una desagradable e impaciente espera se enteró que estaba detenida por creérsela culpable de homicidio. Esto sí que no lo puede resistir.

Lili, que adivina lo que por él pasa y sabe cuáles son sus pensamientos, quiere disuadirle de ellos, pero él no quiere alejarse de su mente. La joven, que le quiere y no puede soportar aquellas palabras insidiosas que parten de él, le mira con rencor no disimulado y fijándose mucho en él quiere darle a demostrar que le quiere y que por lo tanto tiene que tener confianza en ella; pero Sandford no está dispuesto a perdonar lo ocurrido y se muestra más violento.

La joven, haciendo un esfuerzo sobrehumano, trata de convencerle:

—Ya le dije que ese tipo me engañó—explica ella.

—Sí—contesta el americano con burla—, pobrecita Lili. Ella no puede decir que no a nadie, ni siquiera a Dandy Lane... Embustera.

—Está usted muy equivocado—responde ella furiosa—, todavía hay una persona a quien puedo decir que no, y esa es usted. ¡No quiero volverlo a ver en mi vida!

—Eso está muy bien, pequeña—le responde él al tiempo que para el coche en que los dos vuelven a Londres.

—Entonces estamos de acuerdo. ¡Buenas noches!—dice Lili bajándose del coche.

—¡Buena caminata! Y si se aburre en el camino, puede usted cantar la canción del «Pobre vagabundo»—le dice con sorna Sandford, señalando la oscura carretera y poniendo en marcha el motor del automóvil.

Mun ha sido internada en la cárcel tal como ella quería. Elk ha logrado que se la tenga allí para protegerla de los peligros que pueden allí fuera, en su casa, amenazarla. La matrona de la cárcel llega a su celda con otra persona que se encarga de repartir la comida.

—Ya es hora de levantarse—le dice bruscamente.

Mun se despierta y le responde, enfadada:

—¿Cómo se atreve usted a asustarme y a tratarme así?

—Si no le gusta esto, no debería hacer que la encerraran—le responde la otra.

—No, yo no he dicho que no me gustara: no puedo tener queja alguna.

Y cogiendo la comida que acababan de traerla, se dispone a comerla, pero al ver el aspecto tan malo que tiene, dice con asco:

—¿Piensa usted que voy a comer esta porquería?

—Si quiere puede mandar por comida, está usted provisional—la contesta la matrona.

—Desde luego que sí—dice ella molesta—. ¿Cree que no sé el reglamento?

—He supuesto siempre que le sabía de memoria.

—Bueno, lo conozco lo suficiente para no comer la porquería que usted sirve. Voy a pedir... un poco de té, un par de areques bien fritos, una ración de jamón, dos huevos fritos y mermelada de fresa. Y todo lo más pronto posible.

—¿Y podrá pagar todo esto?—pregunta la otra con desconfianza.

—¿Sí puedo, qué?... Si yo quisiera abrir la boca vería que...

—Ya la abrirá cuando llegue todo lo que ha pedido—la interrumpe la empleada.

A los pocos momentos su encargo es obedecido, y aparece la empleada portadora de todo lo que ella ha pedido.

—¿Qué le ha pasado, que ha tardado tanto tiempo?—pregunta mamá Oakes de mala manera—. ¿No se habrá comido nada..., porque si se ha atrevido a hacerlo se lo comunicaré al gobernador...

—¿Ha comprado usted la cárcel por casualidad?—pregunta la empleada irónica.

—Si quisiera podría hacerlo el próximo martes.

—¿Y por qué ese día?

—Ignoraba que su trabajo consistía en interrogar a las señoras prisioneras. ¡Váyase!—grita Mun, colérica.

La empleada se retira, y Mun se dispone a comerse todo aquello. Momentos más tarde, Elk llega a la prisión y pregunta a la empleada que le acompaña hasta la celda de Mun:

—¿Cómo se encuentra mi vieja amiga esta mañana?

—A juzgar por el desayuno que se ha tomado, de primera. Está encantada, y no me explico cómo puede estarlo—responde aquélla.

Elk penetra en la celda de Mun, y su sorpresa no tiene límites al verla caída en el suelo retorciéndose de dolor. Elk se acerca a ella, mientras dice a la empleada,

—Vaya y avise al médico en seguida. No se preocupe, el doctor vendrá pronto—dice a Mun, tratando de animarla.

—No es necesario, no hay remedio—responde ella trabajosamente.

—La envenenaron. Esa banda llega a todas partes.

—No fueron los «Ranas», se lo aseguro, no fueron los «Ranas».

—¿Cómo lo sabe?—interroga el inspector, dándose cuenta que se acerca el fin de ella y que sabe algo que apenas se atreve a pronunciar.

Pero su pregunta queda sin contestación. Mun inclina la cabeza hacia atrás y queda inmóvil para siempre.

La muerte de Mun ha privado a Elk de una buena y segura pista. Sin duda esto tampoco lo ignoraba quien la envenenó, puesto que debía estar al corriente de lo que ambos habían tratado en el «Club de oficiales de Marina». Los asesinos no han perdido la pista de sus víctimas.

Mamá está tendida en el suelo y Elk la mira con cierta resignación porque sabe que nada consiguió con meterla allí, puesto que sus asesinos

no repararon entrar en la cárcel con el fin de conseguir lo que se habían propuesto. El inspector está entristecido porque no puede soportar que una nación pueda estar a merced de los caprichos de un individuo sin escrúpulos de ninguna clase, y que juntando a la escoria de la sociedad se permite entrar hasta en los lugares más difíciles para eliminar aquellas personas que puedan poner en peligro su vida o la de su organización.

Elk se da cuenta de lo necesario que lo es eliminar la banda del «Rana», ya que de no ser así, dentro de poco tiempo tendrá en jaque a la policía, puesto que cuanto más poder tenga esa banda más forajidos se unirán a ella, y entonces más difícil resultará el vencerla. Sabe que todos confían en él para conseguir lo que se ha propuesto, pero no ignora que es una tarea muy difícil de conseguir.

Su mejor pista se la ha arrebatado la muerte por unos segundos; si él hubiera llegado unos minutos antes, la banda del «Rana» en estos momentos se hallaría en peligro de ser exterminada, y de esta forma nada existe que pueda interponerle a sus atropellos. Tan sólo hay una solución: seguir investigando hasta encontrar otra pista que pueda orientarlo para futuros trabajos.

LA VUELTA DEL « RANA »

Elk, impasible mirando a Mun, espera la llegada del doctor para que examine el cadáver antes de retirarle. El inspector se queda pensativo y comienza a formar ideas en relación con las personas que tenían

interés en que Mun no hablara. Lo primero que empezará a hacer el inspector será enterarse de las amistades que tenía Mun y la relación que tenían con ella.

LILI CONOCE AL «RANA»

GOLLY está llamando a Lili desde el sótano para hablarla, aquélla aparece aun en traje de noche, pues desde que Sandford la dejó en la carretera, ha tenido que ir andando a casa, que está en el extremo opuesto. Golly ignora que a Lili haya podido pasarla algo, y como cuando ésta llega a casa después de la caminata es ya por la mañana, la pregunta desde el sótano, donde como siempre se encuentra:

—¿Lili, está preparado el desayuno?

Y al verla aparecer en lo alto de la escalera vestida aun de aquella forma, prosigue:

—¿Dónde estuviste metida, Li-

li? ¿Es cierto que sufriste un accidente?

—No.

—¿Qué fué entonces?

—Sandford—responde ella casi sin aliento.

—¿Te... te insultó ese loco?

—Si sólo fuera eso.

—Oye, Lili, no debes volver a hablarme más nunca.

—Te lo prometo.

—Eso me satisface, Lili; estoy muy contento. Ése no es el hombre que te conviene a ti. Es un granuja. Eso es lo que es.

Ella está un poco abstraída pensando en lo que acaba de ocurrirle con el americano; de pronto se da cuenta que Mun no está por allí.

—¿Dónde está mamá? — pregunta.

—La policía la ha arrestado anoche.

Lili se sorprende, pero piensa en los negocios que ésta tiene entre manos, y absorbida toda su imaginación por lo que Golly acaba de decirle respecto a Sandford, le pregunta:

—¿Estás seguro que Sandford es como dices?

—Sí, pequeña. Te lo puedo asegurar. Es uno de los peores «gangs-ter» que ha venido por aquí. ¿Quieres que te diga algo más? Es el jefe de la banda de los «Ranas», y tiene preparado un gran golpe para esta noche.

—¿Por qué no se lo dices a la Policía?

—Si lo hiciera, Sandford se vengaría de mí. Pero tú sí que puedes hacerlo. De ti no sospecharía nunca. ¿Te atreves?

Lili se queda pensativa, y al cabo de un rato contesta decidida:

—Claro que lo haría..., pero no puedo.

—¿Por qué no, pequeña?

—Porque le quiero. Es un majadero, pero le quiero. Puedo hacer otra cosa mejor, tío Golly. Iré a persuadirlo. Él ignora tal vez que en este país, tales delitos se suelen pagar muy caros. La policía gana siem-

pre. ¿Cuál será la dirección de su domicilio? Elk debe saberla.

—Yo puedo decirte lo... 41 Belford Conet.

—Golly, eres un encanto—le dice ella con entusiasmo.

La muchacha, tras de quitarse el traje que lleva inapropiado para aquellas horas de la mañana, se dirige al domicilio de Sandford sin pensar que Golly se ha quedado solo en la tienda y pueden enganarle o abusar de su ingenuidad.

El tío de Lili tampoco está dispuesto a quedarse allí, y apenas entra un socio del Club, Golly le ruega que se quede allí, porque él tiene que salir a unos recados.

Lili entretanto ha llegado a la casa que Sandford tiene en Belford Conet. Una joven y elegante mujer sale a abrir la puerta, y como Lili la encuentra bonita, siente hacia ella instintivamente gran antipatía. La mujer la invita a pasar, llevándola hasta una salita en la que recibirá a la muchacha Sandford, según la promete la otra joven.

Ante Lili aparece una persona harto conocida para ella.

—¿Qué significa esto?—exclama; y cae desmayada.

Sandford se decide a ir a casa de Lili para pedirle excusas por su inadecuado proceder de la noche anterior. Al llegar a la taberna ve que ni ella ni Golly están allí. El hombre que Golly dejó allí para que cuidase del Club mientras él estaba fuera, contesta de mala gana y con molestia a las interrogativas preguntas del americano. Por fin, cansado de aquella indiferencia con que es tratado, Sandford trata de echar a Snnifi, que así se llama el hombre, a la calle.

—Usted no debe tratarme así. Le digo que no hay nadie.

El americano le suelta y se decide a entrar en el interior de la taberna hacia las habitaciones de la casa. Al ver sus intenciones, Snnifi se interpone en la puerta quitándole el paso.

—Usted no puede entrar ahí— exclama.

—¿Que no puedo?—y dándole un empujón le quita de allí.

—¿Dónde están metidos los policías? Deben estar tan ocupados con el tráfico, que no les queda tiempo para proteger a las personas indefensas.

—¿Usted conoce a alguno?—interroga Sandford con sorna.

—¡Elk!—dice Snnifi al ver aparecer al inspector en el umbral de la puerta.

—Oiga, Elk, este yanqui amigo de Lili ha tenido la pretensión de interrogarme. Primero me preguntó dónde estaba Lili, y yo le dije que había salido; después me preguntó que dónde estaba Golly, y yo le dije que también había salido... entonces me dió un empujón y se metió aquí dentro.

—¿No se interesó por mamá?

—No, señor; no se interesó.

—¿Por qué no lo hizo?

—Porque si este parásito estaba encargado de esto, mamá no podía estar aquí.

—¿Por qué me llama parásito? Yo pago mis impuestos... los que son como yo pagan para que ustedes existan. Ande, cumpla con su deber en seguida.

—Lo haré—dice Elk, llamando a su ayudante que está fuera.

—¡Aprésele!—añade el inspector, señalando a Snnifi.

—¿Por qué?—protesta él, que no comprende la actitud de Elk.

—¿De qué se le acusa?—pregunta el ayudante.

—No sé. Muerte, robo, piratería; lo que usted quiera, y obstrucción

a la policía en el cumplimiento de su deber.

—Reclamaré al Parlamento de este atropello—amenaza el detenido al salir de la taberna.

—Diremos lo que el conocido Conde de Montecristo dijo: «Y va uno»—exclama el inspector filosóficamente.

—Sandford, voy a fiarme de usted—añade.

—¿Por qué dice eso?

—Estoy buscando al hombre que sabe que mamá Oakes no está aquí... Y me figuro que es usted.

—¿Por qué?

—No importa eso..., lo que importa es que no pienso arrestarle. ¿Divertidísimo, eh?

—Sí, divertidísimo. Habré de hacer un discurso para agradecercelo.

—Usted quiere encontrar a Lili, ¿no es eso?

—Sí, eso quiero.

—Pues estése aquí e investigue y vigile todo el que entre o salga. Ha de vigilar desde aquí mismo, ¿entiende?

—Casabianca es mi nombre.

Dos sujetos que han seguido antes al inspector y que al ver salir a Maggs creen que éste está solo en la taberna, penetran atacando a Elk. Pero Sandford tiene unos buenos puños, y a los pocos momentos, entre él y el inspector consiguen re-

ducirlos y esposarlos. Maggs aparece en aquel momento.

—¡Lléveselos!

—¿Cómo, a los dos?—teme el ayudante.

—Pero si están esposados. Bueno, esos hacen tres.

Y cuando el ayudante ha salido con los detenidos, Sandford le pregunta:

—¿Más parásitos o rateros?

—Ranas.

—¿Ranas? ¿Oiga, que pasa con Lili?

—Le oi decir a Duch que estaba en el sótano encerrada. Pensó que sería una trampa para hacerme venir. De todos modos vamos a ver.

Y Sandford y Elk bajan hacia el sótano en busca de Lili. Después de mirar la mayor parte de las habitaciones se convencerán de que no está por aquel lado.

—Espere un momento. Fijese en esa puerta.

—Sí, a prueba de baías.

—Y aun hay otra cosa que me extraña—dice Elk—y que me extraña cuando estuve aquí encerrado el otro día.

—¿Cuál?

—Que no pude encontrar otra salida.

—No parece que pueda existir otra.

—Debe haberla, juraría que la

hay. Vamos a ver qué hay detrás de esta madera.

El inspector se aproxima a un montón de troncos de madera que hay en un rincón, y coge unos trozos que hay en el suelo. Al pretender mover los que hay junto a un rincón nota que éstos están adheridos a la pared. Los dos hombres hacen fuerza para intentar mover aquellos maderos, pero antes de que lo consigan, la pared cede a sus fuerzas y deja al descubierto una puerta secreta.

—Aquí tiene la otra salida—dice Elk con aire de triunfo.

Y ante la invitación que le hace Sandford para que pase a través de ella, el precavido inspector contesta:

—Usted primero.

El americano, pistola en mano, acepta la invitación, y pasa el primero seguido del inspector. Penetran en una habitación de fuertes paredes y en la que se ven varios teléfonos y micrófonos, así como un aparato de televisión.

—¿Para qué querrán esto?—dice el inspector, señalando el aparato.

—Muy pronto lo sabremos.

—¿Cómo! ¿Sabe usted manejarlo?

—Creo que sí. Es muy sencillo. Consiste sólo en apretar un botón.

—La vida está llena de noveda-

des. Aprieta usted un botón en su coche y el motor echa a andar.

—Sí, aprieta usted un botón en Sing Sing, y el motor se para—dice el americano, aludiendo a la silla eléctrica.

Toca un botón del aparato receptor y se ilumina la pantalla de aquel apareciendo en la misma unas figuras imprecisas y vagas que no se pueden definir.

—Yo sabía que usted me sería útil. ¿No puede mejorar la visibilidad?

Una vez conseguido aquel detalle, ante los atónitos ojos de ambos aparece el salón donde se reúnen los «ranas», cuyas caras se pueden ver perfectamente, y lo mismo todos sus movimientos.

—Bendito sea mi corazón. ¿Sabe qué son éstos?

—¿«Ranas»?

—Sí, pero sin importancia.

—Debia telefonear a la Policía y hacer invadir el local.

—Lo haré si me dice dónde es—le hace observar Elk.

—De todos modos telefonearé a la Jefatura.

El inspector descuelga el auricular del teléfono que está encima de la mesa cerca del aparato de televisión, pero le vuelve a colgar ante la observación de Sandford, que le dice:

—No sea tan confiado, a lo mejor contiene algún explosivo.

—¿Sí? Bueno, habrá que arriesgarse.

Sin darse cuenta, ha hecho la señal convenida por el «Rana» cada vez que habla con sus hombres, y ante su extrañeza, la voz del que está más cerca del aparato se deja oír por el otro lado del teléfono.

—Esperamos sus noticias, jefe.

—Atención todos. ¿Me oís bien? —dice Elk, como si fuera en realidad el «Rana».

—Sí, oímos—responde el mismo que habló antes.

—¿Habéis entendido las instrucciones para mañana por la noche? ¡Repítemelas!

El bandido dice, acercándose más al micrófono de la habitación donde están:

—El oro irá en un camión y pasará por casa de mamá Oakes a las once y media. La banda estará en su puesto de Dock Lane a las diez y cuarenta y cinco para ocuparse del chófer, y los demás irán al «Sello de Troya».

—Bendito aparato—exclama Elk imprudentemente, sin poderse contener.

—Quiere repetir eso, jefe—dice el bandido que ha oído la exclamación del inspector.

—¿Eso es todo?—dice Elk, evasivo.

—No, una hora antes del asalto daremos cuenta de ese caballero llamado Elk..., de acuerdo con sus instrucciones lo desnudaremos; le pondremos el sombrero y el paraguas y la gabardina y le dejaremos a la puerta del comisario jefe.

—Se llevarán una sorpresa—dice Elk.

—Usted lo ha dicho—corrobora.

—¡«Ranas», váyanse! Quiero decir, dispérsense, muchachos; cumplan las instrucciones.

Y todos los frondosos componentes de la temida banda salen del salón hacia la calle, tal vez...

—Pues es una bromita, Elk. ¿Qué bien le quieren esos muchachos? —le dice el americano irónicamente.

La organización de los «Ranas» comienza a dar los primeros tumbos, pues Elk y Sandford han localizado la manera de tenerlos a su gusto: ahora, lo que hace falta es poner a la policía en movimiento, y una vez que hayan conseguido este primer objetivo, se podrá ir a detener a los secuaces de aquella banda de asesinos y bandidos.

Los primeros pasos ya están dados, y no faltará mucho para que todo esté detenidamente terminado de estudiar. Los «Ranas» están en

peligro inminente de ser eliminados. Elk, el sabueso de la policía, ha descubierto su medio de comunicación, y ahora, sobre la pista, apresará a todos sin que ellos puedan hacer la más ligera resistencia. Lo más importante es capturar al jefe, ya que de quedarle en libertad de nuevo, volvería a formar otra banda, puesto que él es el cerebro de la organización y de él sólo depende todo cuanto se pueda hacer dentro de ella.

Los «Ranas» esta vez desaparecerán de raíz y para conseguirlo, Elk se ha trazado su plan: cogerlos desprevenidos y procurar que no ofrezcan resistencia.

El inspector sabía que los «Ranas» le tenían condenado a muerte, y ya reiteradas veces se lo dieron a saber, pero él nunca pensó que el odio del «Rana» llegara hasta el extremo de quererle ridiculizar de aquella impropia manera después de muerto. Pues lo que es esta vez buen chasco se llevará el «Rana» y toda su banda. Ya sabe lo que les espera a toda aquella chusma: la cárcel para el resto de sus días.

Hay que poner manos a la obra y actuar con la máxima precaución, pues el «Rana» será lo suficiente inteligente para haber espiado antes de decidirse a dar el golpe, todos los movimientos de la policía.

EL ASALTO, LA PERSONALIDAD DEL «RANA»

GOLLY y Dutch están en el «Sello de Troya» en el camarote del capitán. El marido de Mun ha ido a ver al capitán, que espera el resultado de un importante golpe de mano que tendrá lugar esa noche y que ha de cambiar la situación de Golly y hasta del propio Dutch. Golly está enterado, por lo visto, de los planes del «Rana», pues cuando Dutch le dice, por hablar algo, que aun faltan treinta minutos para que el golpe se lleve a cabo, Golly le corrige:

—Treinta y cinco minutos, para ser más exactos...

Después reina un silencio prolongado, hasta que el capitán pregunta:

—¿Dónde estará Lili?

—Donde decidió el «Rana» que estuviera... y durmiendo.

A Dutch le sorprenden las palabras de Golly, y temiendo que a Lili haya podido pasarle algo, le interroga:

—¿Durmiendo, acaso para no despertar?

—¡Oh! sí, despertara muy pronto. Usted no creerá que yo soy capaz de asesinarla.

—Usted, no, pero el «Rana» puede...—se queda pensativo y agrega:—No parecía el mismo, esta noche en la radio.

—¿Radio?—exclama sorprendido Golly.—¿Dice usted que el «Rana» les habló esta noche?

—Eso mismo.

—Yo no les hablé—afirma Golly.

—¿Qué!—exclama asombrado el capitán.

—Que yo no les hablé.

—¿Es usted el «Rana»?

La sorpresa de Dutch al enterarse de que Golly es el «Rana» es enorme, porque apenas puede creer que el jefe de aquella banda, en la cual están metidos todos los asesinos y ladrones más conocidos por la policía londinense, pueda ser un hombre a quien la esposa le tiraba con todos los cacharros que cogía. El capitán se resiste a creerlo, puesto que Golly siempre le pareció un ser indefenso e inofensivo, pero ahora se muestra como el «Rana». El capitán, que no puede creerlo, lo interroga de nuevo, dándole a entender de que él duda que sea el «Rana»; pero Golly, cambiando su entonación dulce por la verdadera, hace comprender a Dutch que sin duda es el «Rana», y que a juzgar por la expresión no tiene reparo en nada.

Golly, dándose perfecta cuenta de todo lo que piensa Dutch, le dice, para que lo tenga presente ya, que durante aquella noche ocurrirán muchas cosas; tantas, que es posible, al amanecer el nuevo día, estén todos en la cárcel.

—Pues claro que soy yo el «Rana». Ahora escúcheme bien: esto es el fin de todo.

—Pero, ¿por qué?

—Porque quien habló esta noche por la radio ha sido la policía.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

Golly, por toda respuesta, descolga el teléfono que Dutch tiene detrás del espejo del camarote, y hablando con otra persona, le dice que si él no llega a las doce a su casa, que es donde tiene a Lili secuestrada, le dé una dosis doble de una droga que han administrado a la muchacha, y entonces que la deje sola en la casa.

—¿Qué significa eso? ¿No previene a los «Ranas»?

—No hay tiempo, tienen que correr su suerte igual que usted y yo.

—¿Soltamos amarras y nos escapamos?—pregunta Dutch, que empieza a sentirse inseguro en el puerto.

—Sí, pero primero he de recoger a Lili y su dinero... Con eso hay para iniciar otro negocio.

—¿Oiga, a que se refería al decir «doble dosis»?—interroga el capitán al oír el nombre de Lili.

—Eso es asunto mío.

—Usted... será capaz de matar a Lili, viejo canalla?—amenaza Dutch agresivo.

...

Los partidarios del «Rana» se sitúan en el lugar donde su jefe les ha indicado y esperan el paso del camión que transporta el oro y cuya posesión ha de hacerles ricos a todos. Se han situado en la carretera e interceptan el paso del vehículo, que ya se ha aproximado. El capitán de ellos les anima a que entren todos al camión, pues éste, para no despertar sospechas de lo que conduce, va sin escolta de policía. Los «Ranas» obedecen, y él les aconseja que una vez estén todos dentro se dirijan hacia el muelle donde está el «Sello de Troya». Numerosos policías irrumpen de pronto de los extremos de la calle, y el propio Elk, en persona, ayuda en su trabajo a los agentes. Casi todos los hombres del «Rana» caen en su poder.

La otra parte de los bandidos están reunidos en un café, al que su jefe, por medio del altavoz, ha mandado, horas antes, que esperen su llegada.

Elos ni siquiera sospechan que quien les ha hablado ha sido el inspector Elk, y por lo tanto esperan confiados. La policía irrumpe en el

local, y tras una breve lucha les hace presos a todos.

Sandford y Elk hablan en la calle satisfechos del resultado de sus esfuerzos, y el inspector se alegra de que el americano no haya estado complicado en los asuntos del «Rana». Cerca del río, y junto al muelle donde está anclado el «Sello de Troya», Sandford pregunta a Elk:

—¿Oiga, agarraron a Golly?

—No, pero el río está vigilado y no escapará... Golly se acabó.

Un disparo interrumpe la conversación de los dos policías. Es Golly, que desde lo alto de una grúa, dispara contra Elk. Al oír los disparos, los demás agentes, que andaban por allí cerca, llegan donde el inspector y Sandford, y se parapetan. Golly continúa disparando, y a los pocos momentos se entabla un fuerte tiroteo. Tras una pequeña pausa, Golly grita desde arriba:

—Inspector Elk, quiero hablarle de Lili.

—¿Qué le pasa a Lili?—pregunta Sandford, alarmado.—¿Dónde está?

—En mi piso.

—¿Dónde?

—En mi piso. Y si ustedes no van a buscarla antes de medianoche, ella morirá, ¿entienden?, morirá. He dado órdenes que no serán desobedecidas...

—¿Y dónde está su piso?—pregunta Elk.

—Déjeme, yo sé dónde vive—exclama un niño que se ha parapetado con los policías por temor a los disparos de Golly y aquellos.

—¿Digán, alguno de ustedes sabe manejar una grúa?—pregunta de pronto el inspector a los agentes.

—Yo sé, señor—dice Maggs—. Conoci a un hombre que vivía en Walford, y mi hermana...

—No nos importa eso ahora—le interrumpe Elk—. ¡Bájela, ande!

Maggs obedece la orden, y procurando no ser visto por Golly, empieza a manipular en ella. Pero, como desconoce el manejo, al tirar de una palanca, la grúa se eleva. El inspector, que comprende que su ayudante le va a dificultar la captura de Golly, le grita:

—Díje que la bajara.

—¡Oh!, es que es de diferente modelo—se justifica Maggs.

Y tratando de arroglarlo, tira de otra palanca, y la grúa se desplaza de un lado a otro con Golly en su interior. Elk le grita fuera de sí al ver los manejos de su ayudante.

—¡Vuévala aquí, idiota!

Y el aturdido Maggs, tratando de obedecer, toca otra otra de las palancas y la grúa, que estaba desplazada al lado del agua, se abre, dejando caer sobre el río a Golly.

—¿Por qué no hizo lo que le he mandado?—le grita el inspector a su ayudante, al ver que Golly se les escapa.

—Es que es de otro modelo—contesta aquél, disculpándose.

—¿Buena, pero, y Lili?—pregunta Sandford intranquilo por la suerte de la muchacha.

—Yo sé dónde está el piso de Golly—dice el niño—. 41 Belfort Court. Yo le he visto entrar allí.

—Apenas tenemos tiempo de llegar—dice Sandford al inspector, que parece querer ir en persecución de Golly.

Ambos, acompañados de Maggs, llegan al domicilio de Golly, llamando a la puerta. Pero no obtienen contestación. Los tres hombres de Scotland Yard fuerzan la puerta. En una de las habitaciones, Lili se debate entre los brazos de la mujer encargada de su custodia, que trata de hacerla tomar la pócima que Golly le recomendó proporcionar si él no volvía antes de medianoche. Los tres hombres irrumpen en la habitación, y Lili, al ver llegar a Sandford, exclama sin poderse contener y arrojándose en sus brazos:

—¡Oh!, Dale: Dale querido...

Sandford la estrecha entre sus brazos, y los dos permanecen así largo rato, hasta que la voz del inspector Elk, que telefona a la jefa-

tura de Scotland Yard, les saca de su ensimismamiento.

—¡Oiga! ¿es Scotland Yard? Elk al habla. Si, señor, les tenemos a todos—dice al jefe, que le habla desde el otro lado del teléfono—. ¿El señor Sandford? Si, señor, está aquí conmigo. ¿Qué dice, que ha sido ascendido a ayudante del jefe de la

Policía de Chicago? ¡Creo que estará satisfecho! ¡En efecto, lo está! ¿Qué qué está haciendo? Pues... creo que lo que el conocido Lord Nelson, cuando dijo a la celebre Lady Hardy: «Bésame, Hamilton»—contesta el inspector, mirando a los dos muchachos, que efectivamente, se encuentran en semejante actitud,

FIN

Los artistas más célebres

Las grandes producciones

La mejor literatura

siempre en



EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

El bailarín pirata Charles Collins
Melodía de Broadway . . Robert Taylor
Apuesta de amor Gené Raymond
Hóster Floramasca Gino Cervi
El mundo a sus pies . . . Lily Pons
Sepultada en vida A. Nazziari
Defensores del crimen . . Richard Dix
Aventura Pompador Kate de Naji

Melodía roja Billy Binger
Titanes del mar Victor McLaglen
Cupido sin memoria . . Ann Sothern
María Ilona Paula Wessely
Fosada Jamaica Charles Laughton
El caso Varu Olive Brook
Quimera de Hollywood . Joan Fontaine
Los tres vagabundos . . Heinz Rühmann

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Sabú, Toomay de los
elefantes Sabú
Tú cambiarás de vida . M. Radgrave
Las dos niñas de París . C. Barnhon
¿Es mi hijo? Lil Dagover
La última avanzada . . Cary Grant
Vacaciones juez Harvey Mickey Rooney
Margarita Gautier . . . Greta Garbo y
Robert Taylor
Mortal sugestión Ann Harding
Una chica insuperable Danielle Darrieux
Bajo manto de la noche Edmund Lowe
Alarma en el expreso . M. Reedgrave
Crimen de medianoche Ramón Pereda
El signo de la Cruz . . Fredric March
El asesino invisible . . . Walter Abel
Los dos pilletes Jacques Távoli
Pygmalion Leslie Howard
María Estuardo Kath. Hepburn
Cuidado con la q. hace Michael Radgrave
Por la dama y el honor Paul Lukas
El día que me quieras Carlos Gardel
El pequeño lord F. Bartholomew
Tarsán de las fieras . . Buster Crabbe
Albergue nocturno . . . Greta Gynn

El misterio de Villa Rosa Judy Kelly
Acusado Dolores del Río
Faja de hombres . . . Mickey Rooney
La preferida millonario Gené Raymond
Los peligros de la gloria James Cagney
La bella rebelde Ann Sothern
Buscando fama Don Ameche
Una mujer imposible . . Jenny Jugo
El hombre del Níger . . Víctor Francini
Extraños en luna de miel Hugh Sinclair
Andrés Harvey Tenorio Mickey Rooney
Fruto dorado Clark Gable
El secreto del marqués Armando Falconi
Irene Ana Neagle
Una hora en blanco Franchot Tone
La batalla Charles Boyer
La familia Robinson Fr. Bartholomew
La muj. de las dos caras Greta Garbo
Luna Ilona Joan Macdonald
La hora radiante Joan Crawford
Cuando ellas se encuent. Melvyn Douglas
El rapto de Laura . . . Joan Fontaine
Una chica se divorcia Jean Arthur
Una mujer endiablada Lupe Vélez
El club 400 George Murphy

Pedidos a EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA





2⁵⁰ ptas.

IMPRESA DEBEN
TINER, S.A. MADRID